COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

15.

MAGÓN

LA PROPIA

y otros Tipos y Escenas costarricenses

CONTENIDO

PÁGS.

Las notas esparcidas en el texto y el Glosario *final se han hecho sobre todo para facilitar la comprensión de este Epítome á los extranjeros que lo lean.*



El iniciador, en Costa Rica,
de la Literatura Regional

Con el Autor

Hace más de un año, escribí al compañero Magón [1]—actualmente Cónsul General de Costa Rica en Nueva York—pidiéndole un retrato suyo, algunos renglones autobiográficos y los mejores, á su juicio, de los artículos de costumbres costarricenses que en épocas anteriores [2] publicara en diversos diarios [3] de Costa Rica. Magón respondió á mi solicitud con una carta humorística, de la que trascribo algunos párrafos:

Ya lo creo que simpatizo con su publicación, como con todas las que tienen igual noble tendencia y levantadas miras, con mayor razón si se atiende á que son esfuerzos que no dejan provecho monetario alguno y por ende colocan á sus creadores en el apostolado de los que solamente buscan el mejoramiento intelectual de sus coterráneos y la educación del gusto por las gayas letras. Si Usted mal no recuerda, mi diario *El País* [4] no tuvo otro objeto, fuera del azaroso de

---

1 El nombre literario y familiar con que se conoce en Costa Rica al escritor de costumbres D. Manuel González Zeledón.

2 De los años 1895 á 1900.

3 En la *Patria*, especialmente; en *El Heraldo*, *La República*, *La Revista*, *El Tiempo* y *El País*. Salvo *La República*, ninguno de estos diarios existe ahora.

4 Este buen diario se publicó de 1900 á 1902.

minar la Administración Iglesias.[1] Y con placer lo recuerdo: fué aquella hoja un hermoso campo en donde lucieron sus dotes nuestros pollos de combate y en el que cosecharon bien merecidos laureles quienes son considerados hoy como autoridades literarias en nuestro pobre Ateneo. Allí tuvimos el gusto de leerlo á Usted varias veces al lado de Brenes Mesén, Zúñiga Montúfar, Guillermo Vargas, Lisímaco, Luján, Claudio, Chocano[2] y tantos otros que me ayudaron en empresa tan ardua como improductiva.

Claro que hoy, que Usted me pide mi granito de arena para su edificio, no seré yo el ingrato que se lo niegue. Coja Usted de entre los entecos hijos de mi pluma el que más viable le parezca y póngalo al servicio de su ARIEL, que aunque bien sé que se me parecen en lo desgarbados y maltrechos, eso mismo me hace quererlos por ser mis hijos legítimos. Deles la mano de afeite y compostura que Usted usa para con los suyos y échelos á la calle, decentitos y carilimpios, en tal guisa que si lástima den, no causen ascos.

Si usted me pregunta cuál me gusta más, perplejo me veré para contestarle; todos son Magones y por igual los quiero. *El clis de Sol* tiene más mala intención que sus hermanos; *Un día de mercado en la Plaza Principal* tiene más ánimos y más colores; *Noche-buena* tiene cierto perfumi-

---

1 El Gobierno de D. Rafael Iglesias. Duró de 1894 á 1902.

2 Roberto Brenes Mesén, Tobías Zúñiga Montúfar, Lisímaco Chavarría, Agustín Luján, Claudio González Rucavado, José Santos Chocano. Salvo este último, todos son escritores costarricenses.

llo á cohombro y piñuela que no es del todo desagradable; *Mi tío Chepe González* asoma pujos de patriotero y camorrista y huele á pólvora con humo y á mordisco de cartucho; *Quiere usted quedarse á comer?* tiene su chispa y su ruborcillo y sus confesiones de pobre de levita, que no son despreciables. En fin, mi amigo y querido Moto,[1] como dejo dicho arriba, échele usted el guante á lo que se le antoje y échelo por los papeles cómo y cuándo á bien le venga. Fué en 1895 ó 96 cuando rompí á escribir esas tonterías y se publicaron en *La Patria* de Aquileo,[2] siendo el primogénito *Noche-buena*, que vió la luz en un 25 de diciembre, creo que del 1895. Después, casi cada domingo resultaba un nuevo cuento.

Retrato mío, no tengo; Tobías Zúñiga Castro[3] tiene; caso que no consiga, publique el de cualquier buen mozo rubio de los que Dios ha echado al mundo y póngale mi nombre; de seguro que se me parece.

Autobiografía?. 45 años, viudo, pobre, trabajador, honrado (aunque ya dije que era pobre y parecería repetición), tico de nacimiento y de corazón, pues no el ombligo sino el corazón tengo allá enterrado; observador y copiador de observaciones; denunciante de la rica veta «Costumbres naciona-

---

1 Nombre con que el Autor y otros más me llaman en la intimidad cariñosa y familiar, en recuerdo de José Blas, el Moto (el huérfano), héroe infortunado de un cuento de costumbres costarricenses que publiqué por el año 1900.

2 Aquileo J. Echeverría, primo del Autor y el poeta por excelencia popular de Costa Rica.

3 Primo y amigo íntimo del Autor; jefe del partido zuñiguista y candidato á la Presidencia de Costa Rica en 1905.

les», explotada con provecho por mis amigos [1]; hice estudios en el Instituto Nacional (el Dr. Ferraz [2] dirá con qué éxito); Diputado por San José, milité en los campos de la oposición á la política de Iglesias; esquivelista [3] de los decepcionados por la infame traición del negro ese; zuñiguista que por su gusto emigró y que hoy se gana la vida á brazo limpio en esta gran ciudad, en donde educo á mis tres hijas y dedico todas las horas libres á la investigación de medios de servir á Costa Rica, á la que nadie quiere con más cariño ni respeta con más sinceridad. Asegurado para caso de muerte y para caso de accidente, y más que asegurado contra decepciones por la experiencia adquirida; ni envidioso ni envidiado; hombre de pocos pero de muy buenos amigos; con vergüenza y sin miedo; con fé en sí mismo y muy poca en los demás. Dios y mi Diestra y *Numquam Retrorsum*, [4] por lemas. Sin escudo y sin escudos.

Magón

EL EDITOR

Nueva York, Dic. 1910.

---

[1] En otra carta añade el Autor:

«Si dice Ud. algo, á manera de presentación, no olvide decir que Magón es el descubridor y denunciante del riquísimo filón que con tanto acierto y donosura han esplotado después Usted, Aquileo, Claudio, Cardona (Jenaro) y otros. Es presea que estimo y defiendo porque me pertenece».

[2] El Dr. don Valeriano Fernández Ferraz, educador español y Director, por los años de 1879, del entonces Instituto Nacional.

[3] Partidario del ex-Presidente D. Ascensión Esquivel. Al finalizar su período de mando, en marzo de 1906, desterró violenta y arbitrariamente á tres—don Tobías Zúñiga Castro inclusive—de los candidatos que entonces aspiraban á la Presidencia de la República.

[4] Nunca dar un paso atrás.

La Propia

La casita es un enjambre. Enjalbegadas con cal las chatas paredes del amplio corredor y adornadas con vivos azules las anchas ventanas que dan luz á la espaciosa sala. En una de las esquinas de aquél, un mocetón robusto, cubierto de sudor y polvo, no da punto de reposo al manubrio del Campeón, que avienta y clasifica el café con sonidos de cascada que fingen los granos al revolverse entre el cilindro espiral de la criba de alambre, y con mugidos de huracán que imitan las paletas que lanzan al aire, como columnas de humo amarillento, la cascarilla que los rayos del sol desprendieron del aromoso grano y que, arremolinada por el viento del aparato, va formando en el costado de la casa, un montículo dorado.

A lo largo de las paredes del corredor, están las escogedoras apartando con primor los granos negros y quebrados sobre las lisas tablas de las mesas y dejando caer por las tolvas los granos limpios y parejos, que van llenando, puñado á puñado, sendos sacos panzudos. No paran las manos, ora persiguiendo el negro, ora entresacando el pedazo, apartando los palillos, espulgando

los terroncitos y las piedrecillas y empujando con el filo de la mano y el desnudo brazo, el montón de los escogidos; mas tampoco paran los ojos ni las lenguas: aquéllos para miradas de envidia á las afanosas, para guiños á los peones de acarreo, que con sus delantales de gangoche amarrados á la cintura, llenan las mesas ó recogen y cambian los sacos; éstas para la charla salerosa, el chiste picante, la relación de la aventura pasada ó para el secreteo de los proyectos de la venidera. La morenota regordeta del rincón canturrea la última polka escuchada á la Filarmonía de la villa; la negrilla orillera refiere á la vieja zarrapastrosa, su vecina, un cuento de espantos; la vieja estruja trabajosamente con las recias encías un grano caracolillo, á la par que babosamente chupa un chircagre resistido; un grupo de cholillas alborota entre carcajadas que les remueven las flácidas panzas, celebrando la torta que les refiere una rubia descolorida y pecosa, con cara de candela derretida; y allá en el extremo, en mesa aparte, un pedazo de cielo tropical como sólo en esta tierra bendita se ven y como sólo este suelo los produce: una muchacha de quince años, alta, flexible como rama de guayabo, de carnes firmes como el guayacán, de ojos y pelo negrísimos como el güiscoyol, de dientes parejos, pequeñitos, blancos, como granitos de elote tierno, morena con el tinte del cobre viejo y con la eterna y provocadora sonrisa en los carnosos labios de pitahaya;

y una gracia, un contoneo y un palpitar de pasiones ardorosas cabrilleando en las húmedas pupilas, ensanchando las ventanillas de la nariz, vibrando en el turgente seno; es María Engracia, la guaria de Escasú, el macito de muestra de aquella villa famosa por sus muchachas galanas.

En la sala, ñor Julián Oconitrillo, el dueño del beneficio y del cafetal y del cerco y del potrero y de la «bueyada» y de las sacas de leña y del trapiche del bajo y del cañal que lo rodea y del potro azulejo que en el caedizo se regodea con su buen cajón de pasto picado, atiende á la delicada tarea de la pesa de los sacos llenos y á la costura que sus hijos Bernabé y Zoila desempeñan y á la marca que Micaela su mujer les planta orgullosa con la lámina perforada «J. O. London» y la brocha untada de negrísimo betún.

Ñor Julián, cholote panzudo, peliparado, afeitado de barba y boca, con camisa gris de lana, pañuelo de seda, arrollado al pescuezo robusto de toro, banda de redecilla que ciñe por bajo del vientre el calzón pardo de casimir y calzado con zapatos burdos de becerro amarillo. Cuenta cuarenta y ocho años y es gamonal y tagarote de peso en todo el cantón, en donde, en lo administrativo es Munícipe del Ilustre Ayuntamiento, en lo religioso, Vice-Presidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo, y en lo político, es nada menos que Presidente Honorario del Gran Partido Progre-

sista que trabaja por la candidatura presidencial del eximio Coronel don Torcuato Morúa.

Ña Micaela, como de treinta y cinco años, flaca, enfermiza, avejentada por el trabajo rudísimo de la piedra y de la batea en sus dieciocho años de matrimonio. Bernabé de diecisiete años, por el estilo del tata, y Zoila de quince, con cara bonita y expresiva, pero de cuerpecillo enclenque y desmedrado.

Los mocetones alzan en vilo, con un vigoroso empuje de caderas, los sacos repletos y se los encajan en la membruda espalda y encorvados y haciendo resonar en el duro suelo sus talones de hierro, van tirando la carga en las carretas que el «bueyero» acomoda. Pela un muchacho con su afilado «Colis» las sabrosas cañas y partiéndolas en cabos, las ataruga en los hocicos de los bueyes, ya ocupados con el verde «cojoyo», cuyas colas tiemblan á cada magullón de las poderosas quijadas y por cuyas hojas ásperas y cortantes corre la babosa espuma en hilos mucilaginosos, en tanto que las tenaces moscas saltan de las húmedas narices á los ojos y de los ojos á los lomos, de donde las espanta el colazo siempre tardo ó las ahuyenta la vibración del músculo bajo el elástico pellejo del sufrido bruto. De cuando en cuando, un cinchazo cruza la cerdosa barriga de un marrano que arrebata un trozo de caña y el ratero salta chillando y se zabulle entre fango de la paja de agua, en donde

gruñendo mastica la dulce presa y la convierte en amarilla estopa.

Allá á lo lejos aguija otra yunta un chiquillo, á horcajadas en el volador y las macizas ruedas de piedra pasan y repasan machacando el café y desprendiendo la cáscara, en la trilla circular. Como granizada resuena en el patio el café que los peones remueven con palas de madera, unos extendiendo el mojado, otros volteando el que está á medio palo, otros amontonando el seco.

Y por todas partes el sol de febrero, rojo como cara de borracho, quemante, abrasador, llenando de vida exuberante á la campiña, dorando la lejana loma, resecando la tierra desnuda, achicharrando los jarales, despellejando los troncos de los árboles viejos, metiendo sus rayos, como hojas de machete nuevo, entre las breñas y fingiendo relucientes monedas de oro en la fina grama de la espesura. Ese sol que es nuestra gloria, sol tico, amigo nuestro, el gran peón sin salario, que vigoriza el cafeto, barniza la hoja, hinche de miel la roja cereza, seca el abejón, rasga la cascarilla, colora el pergamino, azulea el grano y...

> el aroma le da, que en los festines,
> la fiebre insana templará á Lieo. [1]

---

[1] Andrés Bello, en *La Agricultura de la Zona Tórrida*.—Lieo es otro nombre de Baco, el dios del vino y de los bebedores.

Mucho le gusta á ñor Julián, pero mucho, la tal María Engracia. Mucho se le arrima, mucho le ayuda á escoger, con sus dedotes de guineo morado, y con disimulo le atiza piropos vulgarísimos á la vez que le echa café casi limpio en su mesa y le hace cachete en la medida. Todos lo notan: la rubia descolorida ya se lo hizo ver á las cholas, una de éstas al mocetón del aventatador, éste á un arriero.

Ña Micaela no las tiene todas consigo, pero teme tanto la brutalidad del padrote, que á nada se atreve; ya una vez, reuniendo toda su energía, le dijo:

—Fulián, podías dejar quieta á Engracia...

— Y vos podías estar en lo que estás y dejarte de fisgoniar lo que no te importa.

Y la infeliz mujer masca sus celos junto con sus rezos, haciendo promesas al Santo Patrono del pueblo, que en pintarrajeado camarín de hoja de lata brilla entre clavelones en el testero de la sala, ó ya cuando el retorcido corazón se le sube á la garganta y allí se le anuda y va á deshacerse en copioso llanto, se levanta presurosa con el pretexto de encandilar el fogón de la cocina y allí desahoga á solas sus angustias y á su regreso se queja en alta voz del humo corrosivo de los tizones que enchila los ojos.

—Y diai, te resolvés? susurra ñor Julián casi al oído de María Engracia.

—Hable usted con mama, contesta la morenilla ruborizada.

—Bueno, avisale que esta noche iré.

Y el sátiro se retira y finge inspeccionar la yunta de mansos pailetas que el muchacho está «cojoyando».

—Verdá, ñor Fulián, que al güey viejo le gusta el cojoyo tierno? insinúa el chacalín con sorna.

—El gamonal coge al vuelo la puya, enrojese de cólera y con un «Abreviá, mocoso» da por terminado el incidente.

*

La madre de María Engracia no se hizo de rogar mucho; fingió al principio grandísima indignación que fué paulatinamente disminuyendo á la par que fueron en aumento las ofertas del padrote: seis onzas para entejar el rancho, un rebozo de seda de los atorzalados y una cerda parida desvanecieron los escrúpulos de la otra marrana y dieron por cerrado el infame trato. Ñor Julián se adueñó de la vendida fortaleza. El señor Vice-Presidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo se hizo cargo, desde esa noche, de costearles la penosa vida á la harpía y á la manceba.

Y fiestas van y fiestas vienen y allá ruedan las cuartas de India tras las enaguas de todos los géneros y colores y las camisas lentejueleadas y las cintas como franjas de arcos iris; y á cambio de rebozos salvadoreños y chales tornasolados y aretes y gargantillas de oro, sortijas de carey encasquilladas y peinetas y pañuelos chinos y hasta un

caballo fino pasi-trotero aperado con montura de ante.

Y siguen los paseos al Puente de las Mulas, y á la Catarata del Brasil y á la romería de Esquipulas, [1] y á la Pasada de la Negrita, y turnos, toros, retretas, juegos de pólvora, y... la mar!... El viejo estaba embobado en su conquista y ésta le chupaba la sangre y los reales con vigor de tromba marina.

Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián: «dale gusto á la Engracia» y solo un sentimieto hormigueba en el corazón de la muchacha: «sacarle los riales á ñor Fulián», y ambos cumplían á maravilla sus propósitos.

*

Pasaron así tres años: los «Lachures» ya no querían hacerle más adelantos á ñor Julián, el Partido Progresista había sido derrotado en las elecciones y el Coronel Morúa había muerto de despecho; el precio del café no daba ni para la cogida; la garrapata se llevaba las reses dundas; el Gobierno rehusaba recibir dulce de los que habían sido contrarios; y el chapulín había arrasado milpas y frijolares.

---

[1] Romería anual á Alajuelita, caserío vecino á San José, en donde reside un milagroso Cristo de Esquipulas.—*La pasada de la Negrita*, solemne procesión anual que se celebra en Cartago, al pasar la milagrosa Virgen (*la Negrita*) de los Angeles de su templo á otro de la ciudad.

Las cosas, para ñor Julián, eran cada vez peores; hipotecado el beneficio, vendida á ruin precio la montañuela; ña Micaela, acogida al último jirón de su escasa energía, se negaba á dar la firma para hipotecar el cañal y el trapiche que eran su hijuela paterna; las deudas engrosando con los intereses que se acumulaban; y el embargo como la espada de Damocles pendiente del cabello que en su mano sostenía el abogado de los acreedores. Pero Julián no ponía remedio: cada vez más encalabrinado con su amachinamiento y la morenilla cada día mas pedigüeña y antojadiza.

Y se rompió el cabello y cayó la espada.....!

Cuando el depositario nombrado por el señor Juez Civil tomó posesión de los bienes, Julián estaba de paseo en la Boca del Río Grande con la manceba. Ña Micaela se llevó su camarín con su Santo, Zoila se echó al cuadril el escuálido motete de los trapillos de ambas; bañadas de lágrimas, abandonaron la casa en donde hacía veintidos años que aquélla había entrado feliz del brazo de su querido cholo y en donde la otra había nacido, se había mecido su hamaca y había echado aquel cuerpecillo canijo. No estaba con ellas Bernabé: el pobre mozo, harto de vergüenzas y de improperios, había decidido buscarse la vida en las selvas de Santa Clara, en donde hacía dos años que tragaba miasmas y tiritaba sudando paludismo.

La negativa de ña Micaela dejaba libres el trapiche y el cañal, pero Julián se había hecho gato bravo con ellos y los explotaba con el descuido de quien no los quiere porque no son suyos.

*

Allá en la Boca, hubo amagos de tempestad: ñor Julián, siempre celoso con su adorado tormento, notó que María Engracia no miraba con malos ojos á ñor Aureliano, mandador de las fincas de D. Leoncio, mozo apuesto y pendenciero, gastador y rumboso, tocador de vihuela y echador de coplas. De las esplicaciones resultó el mocito ser primo segundo de la hembra, por parte de madre y que la morenilla había sido sacada de pila por el mismísimo padrino á quien Aureliano rezaba el Bendito!....

A pelo quemado ó cosa parecida le olieron los parentescos de consanguinidad y espirituales al taimado viejo y como á él nadie se le enredaba entre las patas, al rayar la luna voló con su presa y ya el sol principiaba á asarles la cara, cuando se apearon á sestear en los Nances. Lo que el viejo decía á la chiquilla, con hartos ademanes y visajes:

—Mirá, si no me cuelga el güecho! Y se pasaba el filo de la ceniza manota á raíz del robusto pescuezo.

—Pero de onde saca.... murmuraba Engracia.

—Callate, pava! Lo que es en otra, ense-

bate vos y que ese fantisioso se encomiende á las Ánimas!.... Y besaba con chapoteo de sus carnudas jetas las cruces que en diestra y siniestra manos ostentaba.

*

Cuatro cañas medio enguarapadas molía ñor Julián en el desvencijado trapiche; María Engracia espumaba con el pascón de guacal la hirviente paila y ambos, con el auxilio de un peoncillo, sacaban la tarea de olorosas tapas, que la vieja alcahueta iba envolviendo en atados con hojas secas de caña y plátano. Poco le había lucido su tercería á la infame arpía: mal comida, mal vestida y peor tratada por ambos, era la bestia de carga de la pareja: ella aguijaba la desmedrada yunta que movía las pesadas masas del trapiche; ella atendía al hacinamieno del bagazo; ella arrastraba penosamente los pesados troncos con que atizaba la hornilla; ella acarreaba baldes de agua para mojar los moldes; ella espantaba los chanchos, que por comerse las cachazas, amenazaban destruirlo todo; ella cocinaba; ella lavaba, ella molía el maíz y cuando al final de un día de «molida» iba á descansar sus huesos y su pellejo, servíale de cama un camastro de varillas con un cuero seco por toda estera y un cobo andrajoso por toda cobija!

Aclarando el día, montaban Julián y la muchacha, llevando á la zaga una yegüilla canija con los zurrones repletos de dulce y

temprano arribaban á San José en donde, en su puesto del mercado, extendían la venta; él regateando con los marchantes, ella enmochilando los reales y dando los «vueltos.»

*

Ese sábado, parecióle á ñor Julián haber visto, entre el gentío que se apiñaba por las ventas del maíz, á Aureliano, disimulándose tras la carpa de una trucha, con la mirada clavada en María Engracia, quien se hacía la tonta. Y por sí ó por no, echó á ésta un soberano viajazo que ella recibió con estudiada paciencia, abriendo desmesuradamente los negros ojazos, como admirada ante tamaña injusticia.

Sofocante era el calor; el baho nauseabundo del rebaño humano cosquilleaba en las narices y apretaba las gargantas. Eran ya las dos de la tarde y el cielo caliginoso se cubría de pesados nubarrones asfixiantes; mayo no soltaba sus refrescantes aguaceros y los vientos alisios se habían despedido de la tierra tostada por el sol.

Gruesas gotas de sudor rodaban por la mofletuda cara del dulcero y empapaban el broncíneo pecho, pegando el escapulario mugroso al pellejo ennegrecido.

Nada más natural que la ocurrencia de María Engracia:

—Voy á ir corriendo á La Violeta, á beberme un fresco. Quiere que le traiga una kola?

—Pero espachate pronto pa que alcemos, contesto Julián. Y ella se fué, llevándose entre el seno la mochila de la venta.

*

Angustiábase el viejo con la tardanza de María Engracia; media hora larga había pasado y la morenilla no parecía.

—Como está compadre? dijo al acongojado dulcero, un viejo humilde y pobrísimamente vestido, de mirar franco y cariñoso, surcada la cara de arrugas y de miserias.

—Ai vamos, ñor Rivera y Usté?

—Como Dios quiere. Cuénteme, cómo sigue mi ahijao Bernabé? es verdá que está en el Hospital con fiebre de la Línea?

Julián nada sabía de la triste suerte de su hijo, pero un resto de rubor hízole mentir ante la inesperada pregunta y la mirada inquisidora del compadre, y respondió un tanto turbado:

—Pos ya vé... regular... como yo estoy desapartao y la madre concertada... él prefirió que lo llevaran al Hospital... pero yo voy á verlo cada vez que bajo... No es fiebre de la mala, son cuartanas que con hoja de guarco y con solfate...

—Y cómo me acaba de decir comadre Miquela, allí en las ventas de la ropa, que esta mañana lo vido y que estaba ya sin sentío?...

—Sólo que se haiga empiorao; voy orita mesmo á verlo. Quiere tenerme la venta un

ratico mantres voy? El atao es á cuarenta y la tamuga, á seis reales. No me tardo.

Y Julián salió desalado, haciendo exclamar al compadre:

—Lo que es él será mal marido, pero es buen tata; Dios lo lleve con bien y le aliente al muchacho!

Á la Botica de La Violeta había dicho Engracia que iba á tomar el refresco: para allá corrió Julián; no iba á buscar médico ni medicinas para su hijo moribundo, iba á ver qué se había hecho María Engracia. Excelente tata!

Nadie le dió allí informe alguno satisfactorio; ciego de coraje y espoleado por los celos, voló al corral en donde amarraba las bestias; sólo la yegüilla canija estaba allí, los dos caballos habían desaparecido; á las anhelosas preguntas de Julián, la vieja que percibía el peaje contestó con esta terrible bofetada:

—Si hace tamaño rato que ella misma vino y se fué con Aureliano Meléndez y dijeron riéndose que Usted pagaba el sesteo!

Y Julián, tras una horrible blasfemia, echó á correr como un loco por el Paso de la Vaca, camino del río Torres

Se acercaba la media noche; la luna bregaba por asomar su cuerno menguante por las rendijas de los negros nubarrones que aquel día de horno había amontonado en el cielo; el estrecho valle del Lazareto Viejo bostezaba entre los altos acantilados del Virilla, embozado en espesa capa de niebla; los

cafetales yacían solemnemente silenciosos y al pié de los cuajiniquiles y los plátanos de hojas despedazadas por los vientos del pasado abril, los grillos coreaban con sus herrumbradas dulzainas; una que otra candelilla encendía su cirio funerario en la margen de la acequia, alumbrando el *de profundis* que entonaban los sapos y allá en la loma se estrellaban los ecos del medroso ladrido de los lambuzos atosigados por la sarna.

En una de las piezas de la hacienda de Las Animas, dormían entrelazados, hartos de tragos y de voluptuosos deseos, fatigados por la bestial orgía, Aureliano y María Engracia. Un cabillo de vela de sebo chisporroteaba próximo á hundirse entre la botella que le servía de candelero.

El débil cerrojo de la puerta cedió al empuje vigoroso de Julián y, antes que Aureliano pudiera defenderse, una tremenda puñalada le dividía la carótida izquierda; brotó la sangre en espumoso chorro y una voz de angustia infinita hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche, volviendo el pesado cuerpo á desgajarse entre la cuja. María Engracia, á quien el terror prestó alas, saltó por encima del agonizante y se lanzó dando alaridos por entre el cafetal.

Acudieron los peones de la hacienda con realeras y linternas y lograron desarmar al asesino que seguía apuñaleando á su víctima con saña fiera, lanzando imprecaciones espeluznantes y carcajadas aterradoras.

. . . .

. . . .

Amarrado á la cola del caballo del Juez de Paz de la Uruca y rodeado de una fuerte escolta de mocetones bien armados, hizo su entrada á esta ciudad el reo, en la mañana del domingo; cerraba la comitiva la improvisada camilla de tijereta en la que el cadáver de Aureliano era trasportado.

Ya en las cercanías de la cárcel, dos mujercillas agarradas furiosamente de los moños, se revolcaban en el hediondo caño, cubriéndose de arañazos y de denuestos; la Cinco Pelos, enclenque y desmedrada, llevaba la peor parte; uno de los de la guardia, que la conocía, acudió presuroso en su socorro y no logró que la otra soltara su presa, hasta que no le dijo:

—No ves que ahí traemos al tata amarrado por una muerte!...

La Cinco Pelos era, en efecto, Zoila, huida años antes de su concierto con un policía de los de Orden y Seguridad!

Todo lo confesó Julián al señor Juez del Crimen. Allí mismo se dictó el auto motivado de prisión y el reo quedó incomunicado.

No bien el corneta de la Cárcel había alborotado al vecindario despertando á los dormilones con su toque de lista de siete, cuando una viejecilla enlutada y llorosa, cubriéndose la cabeza llena de canas con el rebocillo echo girones y llevando bajo el huesudo brazo una sucia cobija de lana co-

lorada, se acercó tímidamente al Alcaide y con temblorosa y humilde voz, entrecortada por los sollozos, pidióle permiso para ver al reo y para entregarle, á más de la cobija, un medio escudo que trabajosamente desanudaba de una punta de su pañuelo de hombros.

—Eche acá la plata!... Y empujándola groseramente hacia la sala de visitas, en donde el reo conferenciaba con un taimado tinterillo, exclamó:

—Conitrillo!... esta vieja quiere hablarte; es algo tuyo?

El reo alzó rápidamente los ojos, pero al reconocer á la intrusa, sin levantarse siquiera á recibirla, con aire indiferente y fatigado, contestó:

—Sí, señor; es la propia!...

Páginas Ilustradas, Nº 239-240. Año VII.

*

Un discurso imperecedero

Cuál de mis lectores no conoció al maestro Fernando Ramírez, el de La Isla, el del Hatillo, el de Alajuelita?

De mediana estatura, regordete, cuidadosamente afeitada su cara broncínea, bien peinado el cabello negrísimo; de pie en el suelo, pero muy limpio. Chaquetón de fina jerga, camisa de blancura impecable, pantalón de casimir, de corte irreprochable, ceñido á la amplia cintura con magnífica banda de redecilla. Y su buen sombrero de pita, siempre bien azufrado, dando sombra á la acholada figura del maestro ó en la mano de su dueño rindiendo afectuoso, meloso y empalagoso homenaje á cuanto hombre de pró con quien aquél tropezaba.

Porque había que oir al maestro Fernando al presentar sus respetos á quien calzara siquiera una línea más que él en la jerarquía social. La ancha y carnosa boca se explayaba dejando al descubierto las dos hileras de finos y blanquísimos dientes; bañaba todo el rostro la más humillante expresión de respeto; los ojos se entornaban hasta parecer simples puntos ortográficos; el sombrero bajaba de la negra cúspide hasta el nivel del ombligo y la mano libre se tendía impe-

trando un afectuoso apretón. «Excelentísimos» ó «Ilustrísimos» eran para él todos los empleados públicos de oficial mayor para arriba, y «Lindísimos» ó «Encantadorsísimos» los de jerarquía inferior, hasta escribiente supernumerario. A los porteros y demás colas del presupuesto, no los saludaba el maestro. A nuestro inolvidable amigo Camilo Mora le decía «Divinísimo», y á Ricardo Bermúdez, á quien no saludaba antes, lo llamó «Honorable», en mi presencia, cuando lo vió de escribiente en el Congreso.

Allá por el año de 1883 era yo «Encantadorsísimo», pues desempeñaba el alto puesto de escribiente en la Gobernación de San José. El maestro Fernando «difundía luces» en la escuela de La Isla á un par de docenas de mocosos.

Vínose á mí el «Apostol de la Ciencia» y después de propinarme diez ó doce epítetos, me suplicó le hiciera un «discursito, cortito pero entradorcillo», como él lo soñaba, para que fuera pronunciado por uno de sus discípulos en el próximo examen de su escuela.

La verdad, yo me sentí envanecido por la distinción, y acto continuo, robando un par de horas á las tareas gubernativas y tres plieguitos de papel nacional, emprendí la ardua tarea literaria, empujado por el acicate de las expresiones de admiración que el maestro no me escatimaba á la lectura de cada párrafo.

Naturalmente, hubo abrazo de gratitud,

que aún me ruboriza, y fuí invitado al examen en el cual mi pieza oratoria iba á tener puesto conspicuo.

En efecto, entre las ramazones de uruca, en medio de las columnas de vástago de plátano, los faroles de papel y las guirnaldas de pudreoreja; embalsamado el local con el penetrante perfume de piñas, limas, naranjas y anonas colocadas en pirámides en cada hueco de ventana ó alacena y coronadas con banderitas de papel dorado ó plateado, tuvo verificativo el examen público, presidido por el Inspector de escuelas y presenciado por dos docenas de padres y madres de los educandos.

A su debido tiempo se levantó de entre los examinandos un chacalín de unos ocho años, flacucho desmedrado, almidonado y emperifollado y fué á colocarse en la tarima desde donde lanzó con voz chillona las brillantes frases de mi obra de arte:

«Señor Inspector de escuelas, señores padres familia, señores:

»Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión...»

Principió el chiquillo y siguió con la retahila de sandeces que á mí se me habían antojado figuras retóricas de alto vuelo.

Cierto es que el tal discurso tenía novedades hermosísimas, entre otras:

«Las tinieblas de la ignorancia»,

«la luz inextinguible de la ciencia»,

«el humilde labrador»,

«la esperanza de la patria»,
«los apóstoles de la enseñanza»,
«el Supremo Gobierno que siempre vela», y otras muchas que hasta entonces, al menos para mí, nunca se habían dicho y de las que, por fortuna, nunca tampoco se ha abusado.

El caso es que el discurso «nos quedó lindísimo» y fué aplaudido y comentado por el señor Inspector y por «los humildes labradores». Por supuesto que el maestro, henchido de vanidad y harto de satisfacción, dejó á todo el mundo creyendo que él había sido el Autor.

Yo me atraganté de anonas y hasta me traje unas cuantas en un pañuelo de rabo de gallo para solaz de mi mamá.

Era yo Padre de la Patria, por voluntad soberana del pueblo soberano. Verdá ustedes? Pues bien, doce años habían pasado desde el célebre estreno del mentado discurso.

El maestro Fernando ya me llamaba «Ilustrísimo» y estaba empeñado en que le amamantara y sacara de pila una su eterna solicitud de pensión que pendía en el Congreso desde hacía ya más de un lustro, sin que hubiera pasado el dictamen de la comisión de credenciales y gracia.

Regenteaba á la sazón el «Apóstol de la Ciencia» creo que la escuela de varones de Alajuelita, y para darme una clara muestra de lo mejoradas que estaban sus dotes pedagógicas, me invitó al examen de fin de curso.

Acepté. Siempre me he deleitado con esos actos solemnes á la par que ridículos, en los que maestros, Inspectores, padres de familia, Juntas de Educación y examinandos se engañan unos á otros á sabiendas y la majestad de la ley se deja ampliamente satisfecha.

Al final del acto, un mocoso de cortísima estatura, pero de altas dotes declamatorias, subióse á un taburete y nos espetó un discurso:

«Señor Inspector, señores miembros de la Junta de Educación, señor Cura Párroco, señores padres de familia, señores:

»Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión... las tinieblas de la ignorancia... la luz inextinguible de la ciencia... el humilde labrador... la esperanza de la patria... los apóstoles de la ciencia... el Gobierno que siempre vela... etc., etc.»

Mi discurso! el mismo, sin un solo remiendo, sin una sola intercalación, tal y como lo escribí en la Gobernación doce años antes!

—Dígame, maestro, ese discurso...

—Sí, ilustrísimo, es el tuyo; está como nuevo y cada año gusta más!

Ya hace años que murió el maestro Fernando, sin haber obtenido su pensión. Entre sus escasos bienes, al hacerse el inventario del contenido de un baúl, se encontró, entre otros objetos conservados con esmero, un rollito de papel ministro en el que se leía aún:

«Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo... el Gobierno que siempre vela...»

El Libro de los Pobres, p. 15.

Nueva York, 22, agosto 1908.

*

Mi tío Chepe González

Así me lo contó don Blas Quesada, quien vive aún, rodeado de hijos y de comodidades, en Sabanilla de los Granados, y que es hombre que no miente:

«Usted no conoció á su tío, era un valiente de los más valientes. Y vea que en aquella Rivas[1] se probaron los mejores corazones costarricenses. Aquello era un infierno: llovían balas como granizos, no se respiraba más que humo de pólvora, por las calles corría más sangre que agua, cada ventana era una aspillera, cada puerta vomitaba plomo y cada techo estaba convertido en trinchera. La compañía de don Chepe, muy mermada ya, estaba recogida en un corral de piñuela;

[1] La ciudad de Rivas (Nicaragua), ocupado entonces (abril de 1856) por las tropas costarricenses que combatían al filibustero yanki.

aquel condenado cañón que los yankis habían puesto en la puerta del Mesón, [1] era la escoba de la muerte; á cada disparo caían los muchachos como guayabas!

«Muchachos»! dijo don Chepe «hay orden de clavar aquel cañón; vénganse conmigo veinticinco decididos; yo no los escojo, porque tendría que llevarlos á todos».

A la calle nos salimos y nos fuimos yendo arrimados á las cercas y paredes, caminando de flanco, otros por media calle arrastrando como lagartijas. Nos hicieron tres descargas, la mitad de la gente se quedó en el camino. Nos escurrimos entre una casa; éramos unos diecinueve, cuatro muy baleados; yo con mi buen balazo en la quijada, que en nada estuvo que me quitara el resuello. Al teniente, que no me acuerdo como se llamaba, lo habían bandeado.

«Bueno, muchachos: los que aguanten, afuera de un solo golpe, á toda carrera; son veinticinco varas; le caemos al cañón sin darles tiempo para cargarlo, y aunque allí quedemos todos, lo clavamos, los otros entrarán!» Dicho esto y ya se fué saliendo don Chepe, sin sombrero, con la espada y un buen clavo.

«Pecho en tierra!...»

---

1 Después de haber sido espulsados de Rivas por las tropas costarricenses, los filibusteros de nuevo se adueñaron de casi toda la ciudad, fortificándose en los mejores edificios. La más fuerte de de las posiciones enemigas era una casa grande conocida con el nombre de Mesón de Guerra.

No nos dió tiempo el aguacero de balas: se apearon al capitán... por aquí, á la raíz del pelo, en la pura frente le clavaron el cachimbazo; abrió los brazos y se vino de espaldas; aquí me cayó, sobre el muslo izquierdo; lo metimos otra vez en la casa.

«El Capellán» balbuceaba don Chepe, «nombren jefe y claven ese cañón». Cerró los ojos y siguió resollando; cada vez que resollaba se le veían los sesos asomarse al hueco!

Nombramos teniente al negrito Guevara, de la Puebla. Yo sólo á don Chepe he visto en mi vida más templado que ese negrito. Mata-Viejas era más atrevido, pero no más condenado; ese negrillo, con la bayoneta en la mano, era un demonio, una tintorera: parecía cosa del otro mundo! Ese se debe haber muerto cuando le dió la gana!

«Mata-Viejas» dijo Guevara «vaya llame un Capellán que absuelva á don Chepe!»

«Si no se está muriendo, mejor es que le hagan remedios; yo lo llevo al Estado Mayor!»

«Usted es tonto? Cómo lo va á llevar?»

«Pues así!»

Se lo pusimos en las espaldas, aquellas espaldotas que parecían una batea; se lo sujetamos con las bandas y con él salió á la calle, se echó al suelo y caminando como culebra, lo sacó á la boca-calle. Le llovieron balas sin misericordia, pero quiso Dios que no lo tocaran, ni al capitán tampoco.

Su tío estuvo en el Estado Mayor todo el

resto del día y la noche y hasta al otro día fué que le entró tétanos y el doctor Frantzius ya no pudo curarlo.

Yo le voy una apuesta que hoy, con todo y sus remintones y sus cañones, y toda su bulla, llegádose el caso, habrá muy pocos Guevaras, ni muchos Mata-Viejas, y más menos Chepes González!»

«Y clavaron el cañón?»

«Vaya una pregunta! Entonces no le estaría yo contando el cuento!»

El Tiempo, 15 de noviembre de 1900.

*

La muñeca del Niño Dios

Homenaje de respeto á mi distinguido amigo don José Durán.

Una pobre mujer, en cuya desgreñada cabellera no luce ya el negro aterciopelado de los años juveniles, cuyas pupilas apagadas no reflejan el rayo ardiente de los mejores años, secos los labios que envidió la pitahaya, marchita y arrugada la frente de bronce y carcomidos los preciosos dientes que un tiempo fueron blancos y apretados como bayas de espino, yace en durísimo esterón, sobre el húmedo suelo de una casucha negra y desmantelada; abriga su ate-

rido cuerpo una cobija desteñida y sucia y da luz indecisa y móvil al triste cuadro un pedazo de sebo que chisporrotea, lanzando azulejos, adherido al tosco adobe del resquebrajado muro. En el rincón de aquel nido de la miseria, duerme una fresca y risueña criatura de seis años; el tordo que anuncia el verano no tiene plumas tan negras como sus rizados cabellos; la amapola no brilla bajo las gotas de rocío de la mañana con más vivo color que el de sus labios; jamás la brisa que susurra entre los cafetos en flor ha sido portadora de más suave perfume que el de su aliento. Al través de la morena piel se adivina la sangre ardiente de los trópicos y los graciosos párpados dan sombra á ojos negros y profundos como la historia de las crueldades de que fueron víctimas sus mayores, los caciques, los indomables aserrises, los del nervio de pedernal y corazón de roble.

Suenan á lo lejos las doce campanadas del reloj del pueblo; llaman las lenguas de bronce á los fieles á celebrar en la derruida iglesia el nacimiento del Salvador y las brisas heladas de la noche llevan envueltos en su manto de neblinas, los ecos quejumbrosos de la vihuela, los estridentes gritos de los borrachos y el chasquido sordo del cohete lanzado al aire en son de alegre triunfo.

La niña despierta, ríe y sacude airosa la cabecita risada, preparándose para la llegada del Niño Dios que trae los juguetes de Noche-buena.

—Mamá, vendrá el Niño con la muñeca de trapo? Se le olvidará?

—No hijita, es que ahora está en la misa del gallo. Duérmase mi negrita, porque si la ve despierta, no entra.

—Pero será de aquellas que ví en la ciudad?

—Sí, mi vida, de las mismas.

Amarga sonrisa ilumina el pálido rostro de la desventurada mujer; dolor cruel y acerado destroza sus entrañas y el soplo frío de la muerte eriza sus cabellos y hiela las gruesas gotas de sudor que surcan su frente; la niña vuelve á posar su carita sonrosada sobre el duro esterón y siguen iluminando la triste estancia los azulados reflejos de la espirante candela, cuya mortecina llama, al impulso de la brisa de la madrugada, forma en las negras paredes sombras que danzan, lenguas de fuego que se entrelazan y reflejos siniestros que espantan.

. . . .

Al estruendoso estallido de una recámara que saluda al nuevo día, de universal regocijo, despierta la graciosa niña; bebe con las negras pupilas la viva luz de la aurora, arregla con sus dedos de rosa los sueltos bucles de la linda cabellera y lanza un grito de inmensa alegría; allí, junto á ella, está su muñeca, mejor que las de la ciudad; no dice como aquellas papá y mamá, no tiene trajes de seda ni zapatitos de abejón con hebilla de plata, no tiene ni camisa ni ropa alguna, pero llora, con un llanto de verdad,

mueve las manesitas y los lindos pies y los ojos y la boca, y vive, vive como su dueña, como su segunda madre. Lanzando gritos de alegría y carcajadas sonoras de inmenso placer, besa la niña su muñeca encantadora y en tanto que la estrecha con cariño contra su caliente pecho, la madre rígida y yerta, duerme el profundo sueño de la muerte, y la luz juguetona del sol de Navidad irrisa en su mejilla la última lágrima de sus cansados párpados.

1898.

*

El clis de sol

No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda, que es un buen amigo de tantos como tengo por esos mundos de Dios. Me la refirió hará cinco meses y tanto me sorprendió la maravilla, que juzgo una acción criminal el no comunicarla para que los sabios y los observadores estudien el caso con el detenimiento que se merece.

Podría talvez entrar en un análisis serio del asunto, pero me reservo para cuando haya oído las opiniones de mis lectores. Va,

pues, monda y lironda, la consabida maravilla.

Ñor Cornelio vino á verme y trajo consigo un par de niñas de dos años y medio de edad, nacidas de una sola «camada», como él dice, llamadas María de los Dolores y María del Pilar, ambas rubias como una espiga, blancas y rosadas como durazno maduro y lindas como si fueran «imágenes», según la espresión de ñor Cornelio. Contrastaba notablemente la belleza infantil de las gemelas con la sincera incorrección de los rasgos fisonómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y tosco hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones. Naturalmente, se me ocurrió en el acto preguntarle por el progenitor feliz de aquel par de boqui-rubias. El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejivalle rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano y contestó:

—Pos yo soy el tata, mas que sea feo el decilo! No se parecen á yo, pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible!

—Pero dígame, ñor Cornelio, su mujer es rubia, ó alguno de los abuelos era así como las chiquitas?

—No, señor; en toda la familia no ha habido ninguno gato ni canelo; todos hemos sido acholaos.

—Y entonces, cómo se esplica usted que las niñas hayan nacido con ese pelo y esos colores?

El viejo soltó una estrepitosa carcajada, se enjarró y me lanzó una mirada de soberano desdén.

—De qué se ríe, ñor Cornelio?

—Pos no había de rirme, don Magón, cuando veo que un probe inorante como yo, un campiruso pión, sabe más que un hombre como Usté, que todos dicen que es tan sabido, tan leído y que hasta hace leyes onde el Presidente con los menistros?

—A ver, explíqueme eso.

—Hora verá lo que jué.

Ñor Cornelio sacó de las alforjas un buen pedazo de sobao, dió un trozo á cada chiquilla, arrimó un taburete en el que se dejó caer satisfecho de su próximo triunfo, se sonó estrepitosamente las narices, tapando cada una de las ventanas con el índice respectivo y soplando con violencia por la otra, restregó con la planta de la pataza derecha limpiando el piso, se enjugó con el revés de la chaqueta y principió su explicación en estos términos:

«Usté sabe que hora en marzo hizo tres años que hubo un clis de sol, en que se escureció el sol en todo el medio: bueno, pues como unos veinte días antes, Lina, mi mujer, salió habelitada de esas chiquillas. Dende ese entonce, le cojió un desasesiego tan grande, que aquello era cajeta; no había como atajala, se salía de la casa de día y de noche, siempre ispiando pal cielo; se iba al solar, á la quebrada, al charralillo del cerco, y siempre con aquel capricho y aquel mal

que no había descanso ni más remedio que dejala á gusto. Ella siempre había sido muy antojada en todos los partos. Vea, cuando nació el mayor, jue lo mesmo; con que una noche me dispertó tarde de la noche y m'izo ir á buscale cojoyos de cirgüelo macho. Pior era que juera á nacer la criatura con la boca abierta. Le truje los cojoyos; endespués jueron otros antojos, pero nunca la llegué á ver tan desasosegada como con estas chiquitas. Pos hora verá, como le iba diciendo, le cojió por ver pal cielo día y noche y el día del clis de sol, que estaba yo en la montaña apiando un palo pa un eleje, es que se estuvo ispiando el sol en el breñalillo del cerco dende buena mañana.

«Pa no cansalo con el cuento, así siguió hasta que nacieron las muchachillas estas. No le niego que á yo se me hizo cuesta arriba el velas tan canelas y tan gatas, pero dende entonces parecen que hubieran traído la bendición de Dios. La mestra me las quiere y les cuese la ropa, el Político les da sus cincos, el cura me las pide pa paralas con naguas de puros linoses y antejuelas en el altar pal Corpus, y pa los días de la Semana Santa, las sacan en la procesión arrimadas al Nazareno y al Santo Sepulcro; pa la Nochebuena, las mudan con muy bonitos vestidos y las ponen en el portal junto á las Tres Divinas. Y todos los costos son de bolsa de los mantenedores y siempre les dan su medio escudo, gu bien su papel de á peso, gu otra buena regalía. Bendito sea mi Dios que

las jue á sacar pa su servicio de un tata tan feo como yo!. Lina hasta que está culeca con sus chiquillas y dionde que aguanta que no se las alabanceen. Ya ha tenido sus buenos pleitos con curtidas del vecinduario por las malvadas gatas!»

Interrumpí á ñor Cornelio, temeroso de que el panegírico no tuviera fin y lo hice volver al carril abandonado.

—Bien, pero ideai?

—Ideai qué? pos no ve que jue por ber ispiao la mama el clis de sol por lo que son canelas? Usté no sabía eso?

—No lo sabía, y me sorprende que Usted lo hubiera adivinado sin tener ninguna instrucción.

—Pa qu'es engañalo, don Magón. Yo no jui el que adevinó el busiles. Ud. conoce á un mestro italiano que hizo la torre de la iglesia de la villa? Un hombre gato, pelo colorao, muy blanco y muy macizo que come en casa dende hace cuatro años?

—No, ñor Cornelio.

—Pos él jue el que me explicó la cosa del clis de sol.

La República, 29 de agosto de 1897.

*

Unos novios

Ñor Sebastián Solano, viejo que abrió los ojos allá por el año de la Independencia, que después de batirse como un bravo en nuestra única y tan sonada Campaña Nacional, [1] supo acumular una regular fortunita, vive en santa y regalada paz en el pueblo de su nacimiento, en compañía de su familia, compuesta de ña Teresa Rivera, su arrugada costilla, y de su «unicuija», la donairosa Jacinta ó Chinta, como sus padres la han confirmado.

Lencho Anchía, mozo de unos veinticinco años, vecino y ahijado de ñor Solano, entabló amores con Chinta, y, correspondido por ésta, todo fué uno quererse y casarse con el beneplácito de toda la parentela.

Yo he venido siendo amigo de ñor Sebastián, y por consiguiente, fuí por él invitado á la boda con todos sus circunloquios.

—Vea, don Magón, lo qu'es por bestia no deje de ir; el sábado bajo y le dejo el patas blancas pa que vaye: es cosa de probes, no se figure que va ber budines ni bistedes.

Y lo que fué por bestia no dejé de ir; fuí en el «patas blancas» á trote desgarrador y

---

[1] Contra los filibusteros yankis, en 1856-1857.

me encontré en plena fiesta de novios la casa de mi buen amigo ñor Sebastián Solano.

Sobre la tranquera lucía un hermoso arco de «bambuses» entrelazados con pacaya y sauco, y cubierto de flores de reina de la noche; el patio, amplio y despejado, había sido barrido á conciencia; los corredores estaban adornados con vástagos de plátano y banderitas de papel, y la sala brillaba como una camisa almidonada, cubierta de flores y adornada con cortinas y antimacasares, prendidos con poco arte y menos gusto de cuanto ángulo saliente ó cajón de puerta y ventana daban lugar á recibir un clavo.

La ceremonia eclesiástica había tenido verificativo á las cinco de la mañana en la Ermita del pueblo, ante numeroso concurso y con su acompañamiento de bombas y cohetes, su velorio y repiqueteo de campanas y chorreadera de candelas de cera y esperma.

De manera que á mi llegada, los viejos, los novios y la concurrencia sólo se ocupaban del hartazgo, de la bebedera, del baile y del consiguiente jaleo.

Los músicos, un violín, un clarinete y una guitarra, lanzaban al aire alegres aunque desentonadas notas; los «muchachones» se esforzaban en bailar atropelladamente agarrados á sus respectivas parejas; los viejos se atarugaban de lomo relleno, café y cuajadas, arrodajados en la cocina; los novios coqueteaban encaramados en una canoa á la vera del corredor, y ñor Sebastián y su vieja sudaban la gota gorda por mos-

trarse complacientes y dejar bien sentados su nombre y su fama de personas «rajadas pa un convite».

—Mándese apiar, don Magón. Ya yo me creí que no venía.

—Sí, señor, hora me lo estaba diciendo Sebastián, que qué sería la tardanza.

—Venga pa que conozca á Lencho y pa que vea á Chinta.

Corrió ñor Sebastián, agarró á Lencho de una punta de la chaqueta y me lo empujó echándomelo encima, á la vez que me lo presentaba con estas palabras:

—Este es el mentao Lencho Anchía, que unque es feo el decilo y no es porque se haiga casao con m'ija, no tiene por qué le ponga naide la cara en vergüenza en ninguna facultá.

Ña Teresa me señaló á Chinta, toda avergonzada y confusa. Temblaban en los ojos de la buena vieja un par de lagrimones; su cara denotaba encontrados sentimientos de placer y de ternura y la sangre franca y leal de nuestras campesinas coloreaba las arrugas de su honrada frente.

—Nu es porque sea mi hija, don Magón, pero vale lo que pesa en oro; ella pa la plancha, ella pa la piedra, ella pa la batea, y mas que no sepa la o por redondo, eso sí buena cristiana y buena hija con sus padres.

Chinta tenía que ser cuanto su madre decía: si la cara es el espejo del alma y á los ojos se asoma el corazón en las horas de su-

premo placer como en las de honda angustia, si para reir como para llorar, lo bueno y lo bello despliegan ó contraen los labios ó los párpados, aquella niña era dechado de virtud y de ternura.

Era alta, esbelta, morena. Abundosa y risada trenza de negrísimo cabello sombreaba el óvalo correcto y picaresco de su linda cara; brillaban bajo sutiles cejas y al amparo de sedosas pestañas, unos ojos más negros que la conciencia de un agiotista y más juguetones que gato vagabundo; la boca, como flor de granada rociada de sereno, daba paso al candor y á la inocencia en forma de sonrisa; la blanquísima gola de la fina camisa á duras penas contenía la exhuberante curva del turgente seno; la respiración anhelosa hacía temblar la luz en las plateadas lentejuelas y formaba magnífico pedestal á tan hermoso busto la graciosa ondulación de la breve cintura y la apretada redondez de las caderas. El color bronceado claro del fino cutis, la atrevida sencillez de los desnudos hombros, el terciopelo del fino vello de los torneados brazos, la corona de azahares olorosos, la húmeda mirada, la sonrisa zalamera y el todo de aquel botón de tricopilia, lleno de sangre joven y de perfume de selva virgen, me hicieron envidiar la suerte del novio, del venturoso Lencho á quien odié un instante y por quien me hubiera trocado á pesar de sus manotas callosas, sus orejas llenas de tierra, sus talones «rajaos» y su chaqueta

color de panza de burro y sus calzones negros de cuero de diablo.

—Tóquense el torito!

—Sí, arrelen á un zapatiao y que bailen los novios!

El clarinete rompió el silencio con las picantes notas del torito, el violín hacía segunda y en la guitarra vibraban las sonoras cuerdas con un rasgueo endemoniado que hacía saltar el corazón y anudaba el gozo á la garganta.

Los novios se abrieron paso y los mirones hicieron cancha.

Lencho, con su pañuelo de seda rojo echado al cuello y del que agarraba las puntas con ambas manos, restregaba las patas en el suelo de tierra y llevaba el compás con las angulosas caderas, dando vueltas al rededor de Chinta, hincando ora una rodilla, ora la otra, tirándole besos con la punta de los dedos y lanzando de pronto vivas á su airosa pareja.

Chinta, cogida la cintura con aire desdeñoso, enarcando el gracioso cuello, con la perpetua sonrisa en los labios, con jacarandosa y sandunguera alegría en el semblante y estremecimientos provocativos, movía los pies con acompasado ritmo y escurría el cuerpo al galante parejo.

Ña Teresa hacía pucheritos en un rincón de la sala, y ñor Sebastián resoplaba entre la piña de mirones con las cuerdas del pescuezo tirantes como bordones de contrabajo, la cara amoratada y sudorosa y la boca-

za abierta de par en par, dando ancho paso á la alegría que le llenaba el cuerpo y á la satisfacción que le rebosaba el alma.

Concluido el torito, una ruidosa, atronadora aclamación acogió á los bailarines, entraron á la lid nuevas parejas, mientras que las salientes se entretenían en placeres más sólidos alrededor del «molendero» de la cocina, atestado de gallinas rellenas, lomos, chorizo, huevos duros, queso fresco, cuajadas, pan dulce y rosquetes, é infinidad de bocaditos más ó menos sabrosos.

Yo me saqué la tripa de mal año, y hasta una indigestión, atipándome de cuanto yo creí que me gustaba, además de lo que los viejos me hacían creer que era bueno, y á las once de la mañana, un tanto soco y un mucho ahito, me dormí profundamente al pié de un frondoso higuerón, al arrullo de las músicas nacionales, envidiando á Lencho y cantando entre dientes:

Echame ese toro ajuera,
hijó de la vaca mora,
pará sacarle una suerte
delante de mi señora.

Heraldo, 12 de abril de 1896.

*

Una vela

Eran ya las ocho y pico de la mañana y apenas si se paraba un instante el rudo trabajo, que «aclarando» había emprendido la familia de ñor Concho Meléndrez, ayudada por peones y «pionas» y allegados de la casa. Se trataba nada menos que de los complicados preparativos de la vela que en la noche debía verificarse allí, cumpliendo con la devoción que ña Regina, esposa de ñor Concho, se había impuesto desde su primer año de matrimonio y la que se dedicaba al Arcángel «San Grabiel».

Ñor Concho con dos peones, esguazaba una hermosa ternera de año; colgada de una de las cadenas del amplio corredor, yacía ya desangrada y cuelliabierta una chanchilla, sobre la que trabajaba un mocetón del oficio; los zopilotes jalaban tripa en medio patio, disputando las piltrafas á los perros; corría un chiquillo detrás de un pato jadeante, condenado á la guillotina; ña Regina con las muchachas, amasaba medio quintal de harina «Golden-gate» haciendo rosquillas y panochas que iban colocando con primor en las «cazuelejas» llenas de manteca; Tiburcio encandilaba el horno y alistaba la escoba de ramas verdes para barrer las brasas; otros

sacudían las telarañas; los de allá amarraban uruca y «cojollo» en todos los horcones; éstos arreglaban el camarín del Santo con pudre-orejas de papel, gallitos de barro de olla, retazos de «linó», ramilletes de clavelones y amapolas, sauco y damas, y por todos lados la alegre charla, el dar de voces y las sonoras carcajadas uniéndose al gus gus de los zopilotes, al ladrido de los perros y al cacareo incesante de las gallinas acosadas.

—Atájemelo en esa tranquera!

—Muchacho de todos los diantres, espantá la cuijen que se está comiendo las empanadas!

—Mire, ñor Raimundo, no se le olvide sacármele la telilla, que es pa un remedio; y no le vaya á reventar la jiel.

—Écheme p'acá ese solomo y la asadura.

—Le echastes comino al picadillo?

—Ve que no se le tueste mucho el rostro.

—Corré, trete un diez de ajonjolí, un cinco de anis y dos cabezas de ajo.

—Ese sebo de riñonada déselo á Regina pa un sobo.

—Atizá ese jogón; mirá, echale esa ramazón de guayabillo.

—Meniá bien la mistela de leche y puntiale el tanto de guaro, que no vaya muy cargada.

—Tendrá con cinco limetas?

—Ole á quemao.

—Apiate la miel, que ya está de punto!

Terminada la primera parte de la faena, ñor Concho, ña Regina y mano Trenidá se

reunían en el corredor para resolver el delicado cuanto importantísimo punto del convite.

—Bueno, la comadre Petra y ñor Ureña, dos; mano Chico Piedra con las dos muchachas, cuatro; ñor Vicente...

—Mirá, Concho, yo qué! vos sabés que á yo ni me va ni me viene; pero yo que vos, no convidaba á ñor Vicente...

—Entonce, no viene ña María y se calienta Simona.

—Mas que no vengan; pero acordate la soca que se amarró el año pasao y el desorden que hubo; verdá, mano Trenidá?

El aludido con cara de asentimiento, se entretenía en hacer un hueco en el piso con el dedo gordo del pié derecho y por toda contestación lanzó un pujido.

—Adió, dejate de tonteras, cómo voy hora á dejalo de convidar? No ves que si no va y viene á fregame endespués con sus...

—Pos convidalo, pero yo más hago al alvertírtelo.

—Bueno, son siete; mano Lico y la mujer, nueve; ñor Solis...

—Cual Solis?

—El sacristán, ve que prestó los candeleros pal altar y la imágen del Buen Pastor...

—Sí, si es que yo creiba que era ñor Solis Cuchite.

—No sias así. Vos ves que á ese rascao lo iba yo á almetir de puertas adentro?

Concluida la lista de invitados y despa-

chados los emisarios del caso, se siguió con la música.

—Quién es el mestro? preguntó «ñor Trenidá».

—Ñor Cuerdillas, el mestro de capilla de la Sabanilla; ya quedó seguro dende ayer.

—Y por qué no vino el mestro Sinesio?

—Porque es que va á tocar los nueve días del finao Molina.

—Achará! Y ñor Cuerdillas es bueno?

—Oyí, Regina, que si es bueno! Pero mano Trenidá, con que ha tocao en Catedral con el mestro Esteban y estuvo como tres años en la banda del Naranjo?

—Ah, bueno, es que yo no sabía. Y quiénes más vienen?

—Pos viene Pirinola con el acordión; el tuerto Meneses con la guitarra, ñor Torres con el pistón y Pilar Segura con el bajo.

—Idiai, no va á haber violón?

—Si es que no se ha podido conseguir: ñor Zúñiga no quijo.

—Es que se hace de rogar, pero si quieren le hablo.

—Qué te parece, Regina?

—Pos que le hable, pero que no le afloje más de medio escudo!

—Cuidao con Pirinola, que le gusta mucho rascarse y es muy peliador.

—Ah, no; el que me falte, lo saco de la casa.

Siguió el renglón de la pólvora.

—Ya jueron á trer la pólvera?

—Dende las nueve. A saber si la haberá

labrao toda el mestro. Le dijistes de los cuetones de luces?

—Y á yo se me olvidaba?

—Tiene que mandar dos docenas de cargadores, cinco bombones pa los misterios, dos recámaras pal «En nombre del padre» y en fin, docena y media de sartas pa la letanía, los cuetes de luz y los soles.

—Ves, se tiolvidó encargale los cachiflines!

—Mandá mercar unos á la villa; que traigan una docena di onde ñor Chaves.

—Cuánto mandó labrar?

—Una arroba.

—Onde quién?

—Onde el mestro Rosa, el de la Cuesta de Moras.

—Ese jué el que labró la pólvera pa las fiestas de Alajuelita, hora pa Esquipulas.

*

Serían las seis de la tarde, cuando aún se corría de acá para allá y se daban órdenes y la última mano al arreglo de la casa y especialmente de la sala, en la que se efectuaría la parte principal de la fiesta, es decir, el rosario y el baile.

La sala, de unas seis varas de frente por ocho de fondo, enladrillada, pintada con cal y zócalo verde, sin cielo raso, dejando al descubierto las hermosas vigas ó cadenas de cedro labrado con azuela y el cañizo, sostén de anchas y pesadas tejas de Patarrá, merece descripción de su parte decorativa.

A lo largo de las paredes y en correcta fila, asientos de petatillo alternando con taburetes de vaqueta acompañaban á dos sendos escaños «del tiempo de antes», lustrosos por el uso; en el centro de la pared del fondo, sobre una mesa ordinaria cubierta con cortinas prendidas con flores de trapo, ostentaba todo su lujo un camarín de lata pintado de los colores del arco iris, lleno de flores y güevas de linón; entre el camarín un San Gabriel de bulto, obra guatemalteca, rodeado de muñequillos, chivitos, paticos, y un sinnúmero de chucherías de china, vidrio y barro; rodeaban al camarín candeleros de cobre con sus enormes candelas de cera y jarrones ó floreros llenos de ramilletes ordinarios. Pendía del centro del techo un velón con cuatro «espelmas» y en las paredes brillaban las ostentosas pantallas de medias lunas y estrellas de colores chillones.

En el corredor había un farol, una linterna grande en la cocina y varias candelas esparcidas por el aposento y resto de la casa.

Ñor Concho, con su buen calzón de casimir diagonal, con su «cotón» de jerga de Guatemala, su banda de redecilla, su camisa hechiza y sus zapatos amarillos de talpetao.

Ña Regina, con cotona rosada de caballito negro, enaguas de merino color café, pañuelo de seda verde con ojitos tintos y su bien hecho «atao» con jazmín del Cabo.

Ambos apestosos á «pachulí». Los hijos de tan venturosos cónyuges, muy «mudaos» y las hijas, muy compuestas.

Ya habían acudido algunos invitados, entre los que descollaba Lencho, novio de una de las muchachas, con los calzones amarrados con ancha faja de alfombra más abajo de las caderas, dejando al descubierto gran parte del bajo vientre, camisa azuleada tirando á verde, pañuelo flor de romero anudado al pescuezo, chaqueta de paño tigrillo que no le cubría la rabadilla, amapola prendida al ojal, sombrero de pita á la pedrada y con los pies al aire muy bien lavados con teja y olote. Portaba su buena realera á la cintura y se daba aires de conquistador y de matón.

Brillaban juventud y vida en los negros ojos de una trigueñita de anchas y redondeadas caderas, brazos de alarmante musculatura, pecho turgente y provocativo, boca color de pitahaya, dientes como granitos de elote tierno y risa abierta y francota, andar de gallinita jardinera y bailar de isleña camagüeyana. La llamaban la Ñata y era el adorado tormento de cuanto pelele la había conocido, pero las malas lenguas aseguraban que era la novia de ñor Vicente, el «socao alborotero», como decía ña Regina.

Fueron llegando algunos de los músicos, pero el maestro Cuerdillas no parecía ni vivo ni muerto.

—Corré onde ña Tomasa Solana á ver si ya llegó el mestro, que se venga, que lo estamos esperando, que ya vino el rezador y que ya están ai los otros músicos.

—Bueno sería que jueras templando, Meneses.

El tuerto principió por pedir un la á ñor Torres, éste soltó un atroz berrido con el pistón y Pirinola suavizaba las llaves del acordeón á la vez que iniciaba el *Sobre las olas*.

Por fin, escoltado por la mayor parte de los convidados y por un grupo numeroso de curiosos, asomó el Maestro Cuerdillas.

—Ai está ya el mestro!

—Ñor Concho, el mestro!

—El mestro, ña Regina!

—Vayan á recebir al mestro.

—Que viva el mestro!

—Vivaaaaa!

Era el «mestro» Cuerdillas un viejo como de cincuenta y cinco años, pelo color de ceniza, ojillos verdes, ceja poblada, con más arrugas en la frente que polainas de artillero miliciano; afeitado el bigote, dejaba á sus anchas esparramarse una boca descomunal de labios gruesos y salientes, nariz de panecillo y orejas taqueadas con pelotas de algodón; usaba bufanda color naranja, gastaba saco y pantalón chinilla y calzaba «medias cañas» con los tacones torcidos. Tenía un genio endemoniado, gran afición á la música y especialmente á las velas, había sido medio calaverilla en los tiempos de don Braulio Carrillo[1] y poseía como única prenda de valor por su antigüedad é historia, un

[1] Presidente de Costa Rica de 1838 á 1842.

violín cascado y mugroso, inseparable compañero de una funda de franela azul con hiladillos de lana negra.

Apenas hubo devuelto los saludos y apretones de mano con que fué recibido, entró á la sala, hizo una ligera genuflexión al Santo, miró con aire de protección á sus compañeros de arte, sacó su violín, colgó la funda y dió principio á la interminable tarea del temple.

—Déme un la, Meneses.

—Que se lo dé Torres porque el entorchao de la quinta está estirando.

—Por qué no le puso cuerda de piña?

—Qué va á tocar primero?

—*Tus ojos*.

—Eso es polca ó valse?

—Es como á moda de varsoviana.

—Tóquense algo pa encandilar!

—Ña Regina, quiere que le toque el *Aster di bol?*[1]

—Mejor tóquese el *Invito*.

Cuerdillas enceró el arco, afirmó el violín en el cogote y rascó las negruzcas cuerdas con empeño de artista consumado.

Los muchachos fueron sacando pareja, ñor Trenidá sacó á ña Regina y ñor Concho echó el brazo al cuadril de la trigueña Ñata.

Los desacordes del *Invito*, los bufidos del bajo, los chirridos del violín, el «puntiao» de la guitarra, los ronquidos del acordeón,

---

[1] Por *After the ball*.

las agudísimas notas del pistón, el rastrilleo de las patas descalzas en los ladrillos, el humo de las candelas y el vaho almizclado de las parejas, llenaban la sala, atronaban la casa, alborotaban al vecindario, incitaban á los mirones, coloreaban las arrugas de ñor Cuerdillas y hacían temblar entre su camarín de hoja de lata, al arcángel San Gabriel y á su corte de monigotes de china y barro.

—Vivan los dueños de casa!

—Vivaaaan!

—Que viva mi pareja!

—Que vivaaaa!

De repente un golpe seco y un «ajo» más seco y más sonoro rompía el encanto; la música paraba y las parejas acudían al rincón en donde el «mestro» vociferaba.

—Idiai, no siguen?

—No está viendo que se me reventó la prima?

—Añidila.

—Toque sin prima.

—No sea tonto, cómo quiere que toque sin prima. Usté se está creyendo que esto es como chiflar á caballo?

—Y no trujo más?

Ñor Cuerdillas anudaba la prima y volvía á la faena del temple en medio de la algazara.

—Regina, sacate pa los músicos! De qué se lo toma, mestro?

—Écheme un rompope.

Los músicos eran llevados al aposento vecino en donde se les echaba su cristal de

ron blanco ó de guaro de caña y en donde se atarugaban de pasteles, lonjas de lechona y lomo relleno.

Por la sala circulaban ya los platos llenos de puros y cigarrillos, los platones de tosteles y carnes, y los jarros de chocolate espeso, oloroso á jamaica y clavo, con sendas empanadas de maíz, rosquillas de bizcocho y trozos de «hojaldra» de pan dulce.

Los mozos se hartaban de tamales y guaro y «humaban» sus apestosos chircagres en alegres corrillos.

Pasado el primer ataque á los víveres, ataque extemporáneo, toda la concurrencia se colaba en la sala á rezar el rosario «cantao», pretexto de aquella fiesta.

El rezador se arrodillaba en un taburete al frente del retablo, las mujeres se arrodajaban en el suelo y los hombres se arrimaban á las paredes ó se agrupaban en los buques de las puertas.

Principiaba el rezador con voz gangosa á «signarse», cuando el estampido de una recámara hacía retemblar la casa hasta los cimientos. El rezo se interrumpía á intervalos regulares para dar lugar á las partes musicales, y el encargado de la pólvora no se daba punto de reposo quemando cargadores, cohetes de luz, sartas de bombetas y bombones; á veces un cachiflín introducía el desorden en la concurrencia, y el acre olor del azufre llenaba por completo aquel recinto.

Concluidas las oraciones y los cantos,

volvía con mayor ardor el baile interrumpido. Se tocó sin descanso, mazurcas, polcas, «chotis» y valses.

La Ñata salió á bailar el Torito con un hijo de ñor Concho. Las aclamaciones á la airosa trigueña fueron unánimes y acordes las silbas al desgarbado parejo.

Ya los tragos habían subido la temperatura de los bailarines, la sala parecía un horno en brasas, las candelas chorreaban á lo largo de las paredes, el acordeón estaba arrinconado por juma de Pirinola, el bordón «antorcha» de la guitarra estaba arrollado al clavijero como rabillo de marrano, ñor Torres había sacudido como veinte veces las babas del pistón y Cuerdillas, á media seba, no acertaba con la nota precisa, cuando en el patio se oyó un juramento descomunal y el chirrido estridente de un cuchillo rastrillado sobre las piedras.

—Es que á yo naide me avasalla, so calzonudos! Que se salga el que quiera dase cuatro planazos con un hombre!

—Qué es el bochinche! gritó ña Regina desde la sala.

—Es que ñor Vicente está socao y quiere pegale á Tiburcio porque bailó con la Ñata.

—Ai está lo que yo dije! Ves, Concho? pa que viás. Bastante que te lo alvertí. Ora ese malcriao se va á pasiar en la fiesta!

—Sosegate, Vicente, aquí no vengás á faltar. Respetá el Santo, no sias mal dotrinao!

—Se va callando, viejo chucho! Aquí

naide baila más sin mi gusto, decía Vicente con el cuchillo en una mano, la chaqueta en la otra, los calzones medio caídos y el chonete terciado sobre una oreja.

—Se calla esa música, ó va filo! La mayor confusión se apoderó de todos los ánimos: ñor Cuerdillas, pálido como un difunto, salió á escape con el violín debajo del saco, dejando la funda y el sombrero sobre un escaño; el pistón perdió la embocadura en la carrera; Pirinola se acurrucó debajo de la mesa del Santo, haciendo una cucaracha la bocina del trombón, y ñor Meneses, en defensa personal, le arrimó un guitarrazo en media jícara á ñor Trenidá, quien se colgaba de las enaguas de ña Regina hecha una tintorera. Ñor Concho se atrancó en el cuarto de las monturas, los invitados se hicieron por sus cuchillos y Tiburcio agarró á dos manos un enorme mamón de poró.

Ñor Vicente, dueño del patio, dirigió una mirada despreciativa á los fugitivos, una sonrisa sarcástica á los defensores, salió con paso mesurado y aire altanero blandiendo la realera y al llegar al portillo de la cerca, lanzó un sonoro grito de desafío:

—Uí... pa... ya... yai... Cará!

Tambaleó y cayó inerte en el duro suelo, confundiéndose el ruido del costalazo del borracho con el seco sonoro de su grito de salvaje, en el perfumado bosque de las vecinas montañas.

1896.

Sin cocinera

Esto del ramo de criadas está cada día «más á pior» y eso que en aquellos dorados tiempos no era muy bueno, que digamos; júzguese por el siguiente lance ocurrido en casa de un amigo mío y vecino á fines del año de 1871, L.º de nuestra Independencia.

Mi amigo don Fulgencio Buendía, secretario de no sé qué juzgado y manso compañero de doña Soledad Fecunda, acababa de ser padre del sétimo heredero de su nombre y de su miseria—y como tras de un día malo viene otro peor—doña Soledad no quedó en situación de amamantar al niño, ítem más en poder de ña Asunción la cocinera, como único paño de lágrimas.

Ña Sunción, que así la llamaban, se miraba en los ojos de la cara de Rosendo, su hijo legítimo de trece años y en los del rostro de Luzmilda, niña de meses, habida en una «desgracia» que en su viudez habíale acontecido.

Todo el vecindario conocía el genio atroz de la vieja y era víctima de las tunantadas del muchacho, quien en compañía de los niños mayores de don Fulgencio se había convertido en pandilla de bandoleros.

Ña Sunción llevaba ya once años largos

de servir en casa de don Fulgencio, padrino de pila de Rosendo, y había criado á uno de los hijos de éste y chineado á los sucesores. Era por consiguiente, un mueble de la casa y solo se esperaba el trascurso del término legal para levantar título, sin perjuicio de tercero de mejor derecho; ella gobernaba en los dominios de su compadre casi tanto como el ama, y gozaba tácitamente del ejercio de patria potestad, sin cautela alguna preventiva, sobre todos los Buendías á quienes, como ella decía, había visto nacer.

Serían como las dos de la tarde del día en que ocurrió el lance que voy á referir: doña Soledad, en completa ídem arrullaba al recién nacido y lo paladeaba con agua azucarada esperando á la chichigua que don Fulgencio andaba buscando en el Mojón desde las ocho de la mañana; los niños armaban bochinche en el patio jugando á la Mulita Mayor en compañía de Rosendo, y la chiquilla de la cocinera lloraba á más y mejor, descansando un minuto para continuar media hora, metida entre un cajón vacío al lado del lavadero.

Rosendo había dado una patada á un Buendía y tirado al otro entre un caño y ambas víctimas se habían vengado arrimándole una paliza digna de mejor suerte.

—Ora se lo voy á decir á mama.

—Andá decíselo, cara de tizón apagao!

—Corré con el cuento!

—Chanchos, eh, chanchos, sinvergüenzas, ladrones!...

Los denuestos lanzados en altas voces llegaron á oídos de ña Sunción, ocupada en ese instante en fregar una hermosa sopera de porcelana; darle contra el brocal del lavadero haciéndola añicos, y lanzarse en auxilio de su negro, todo fué uno.

—Qué jué, Sendo?

—Que estos chancletudos me pegaron con un palo en la nuque, porque yo no no quise servirles de Mulita Mayor y... (decía el negro soltando el llanto y haciéndose el desnucado).

—Mentira, ña Sunción; fué que él me dio antes una patada y á Chico lo botó en el caño.

—Pa qu'es eso, yo no lo hice al propio, jué que me resbalé y por eso me pegaron y...

Ña Sunción, amoratada de rabia y con los ojos echando chispas, agarró de un brazo á Rosendo y reventándolo en medio patio, exclamó:

—Cómanselo, jártenselo, si pa eso es que yo lo he criao, pa que sea comida de hocicones!! Y te vas callando, negro de toditos los diablos, que ya me tenés l'alma podrida; eso te pasa por andarte juntando con esos príncipos; bastante que te lo he pronosticao, y lo que es hoy me las pagás todas, vagamundo, que no considerás á tu madre!

Y daba vueltas como leona acosada alrededor del negro, blandiendo un enorme palo de leña.

Luzmilda daba gritos atroces entre el cajón, aterrorizada y los Buendías habían co-

rrido á refugiarse en el aposento de doña Soledad.

Ña Sunción le arrimó cuatro garrotazos al negro, sin dejar de hablar un solo instante y colmarlo de insultos y por último lo encerró en el cuarto de la leña.

Después se acercó á la chiquilla:

—Y vos por qué llorás?

—No, mama! balbuceaba la niña.

—Te callás vos también, chorriada! Con bién te murás, pa ver si así no te jartan también por que sos descalza! Silencio! Y le tapó groseramente la boca á extremo de sangrarle los labios. La niña estaba casi asfixiada, cuando afortunadamente llegó don Fulgencio, hambriento, sudoroso, empolvado, acabando de desmontar á la puerta de la calle.

—Qué es ese bochinche, Sunción? Porqué estás maltrando esa criatura?

—No venga hora á calentarme la jupa, don Fulgencio, que ya estoy hasta la cincha de infusticias, ya yo y mis hijos no somos en esta casa más que el olote de todo el mundo y hora mismo me voy.

—Pero qué fué lo que le hicieron á Usted y á sus chiquitos?

—Nada, es que uno no es más que el palo de rascase de cuanto chancletudo le da la gana de fregala, y no por que uno es probe y vive largo tiene uno por qué aguantar.

—Pero hágame el favor de explicarme qué ha sucedido.

—Pos que los muchachos han cogido de

trompo de ñiques al pobre negro, y yo se lo alvertí á Usté cuando me concerté, que yo traiba al negro; y él es muy noble y no se mete con naide ni nada les está comiendo ni rasgando pa que se lo jarten; y hora mismito me largo de aquí, que lo qu'es comida á mí ni á mis hijos no nos ha de faltar, primero Dios y mi sudor de mi frente, decía ña Sunción hecha un mar de lágrimas, pasándose el índice tendido por la rugosa frente y haciéndolo chasquear como látigo.

—Y nos deja solos en la situación en que nos ve? Eso es tener mal corazón.

—Pos por las que me amarro que hoy mismo me voy y es ya, porque uno no está necesitado de que lo avasallen, sacándole que sus hijos son unos tales por cuales y zafo de esta casa, onde quiera me los reciben con gusto y no les restriegan el bocao de comida.

—Pues váyase cuando le de la regalada gana y no me jorobe más! dijo don Fulgencio exasperado.

—Ve, hora sí que ya no me quedo; yo me iba á quedar por velo como está de apurao, pero hora sí que es verdad que ni con perros de la Gran China.

La vieja, semejante á una furia, hizo un motete de sus trapos entre los que, involuntariamente, iban unos cuantos de ajena procedencia, se cargó á Luzmilda en un cuadril y se largó de la casa llevando á empellones á Rosendo, perniquebrado y lloroso.

Al pasar por el frente de la alcoba donde la pobre doña soledad arrullaba el rorro, lanzó en son de desafío esta brutal exclamación:

—Ánimas benditas que se les sale la casa pa que apriendan á tratar á los cristianos! y dando un furioso bote á la puerta, con el que hizo retemblar toda la casa, se echó á la calle con sus dijes y motetes.

*

Don Fulgencio no pudo conseguir chichigua, doña Soledad estuvo *in articulo mortis* á causa del disgusto y el recién nacido fué llamado al seno de Dios al siguiente día, por haber mamado más hiel que leche y más lágrimas que sangre.

Hoy ña Sunción vende tamales en la Puebla; Rosendo aparece mensualmente en el cuadro de honor de la Agencia de Policía, en donde luce su retrato como ratero, y Luzmilda tiene quebraderos de cabeza cada semana con el Jefe de la Profiláxis Venérea.

15, marzo, 1896.

*

Quiere Usted quedarse á comer?

En aquellos dorados tiempos una invitación á comer, lanzada á quemarropa por el jefe de la casa, siendo ésta de medianas comodidades, era un verdadero motivo de turbación general, que bien merece los honores de la descripción. Hoy los buenos hoteles y restaurantes son un enorme y seguro recurso del que en el año de gracia de 1876, hace veinte años, no se podía echar mano por varias razones: la primera, porque no los había; la segunda... omito las demás.

—Bueno, pues, me voy porque ya son las tres y media y...

—Pero hombre! Cómo va Usted á irse con semejante aguacero!

—Es que en casa me estarán...

—De ningún modo, quédese Usted á comer con nosotros; aquí no hay más que plátanos y picadillo, comida de pobre, pero siempre es bueno hacer penitencia...

—Siento tanto molestarlos, pero...

—No es molestia, aquí, como en su casa. Permítame un momento, voy á avisarle á Toribia.

—Pero que por mí no...

El convidado forzoso se quedaba solito en la sala contemplando los retratos de los

abuelos de sus víctimas, en tanto que el dueño de casa todo demudado, con cara de viernes de cuaresma, comunicaba la fatal noticia á su costilla, con voz de confesonario.

—Toribia, don Esperidión se queda á comer!

—Ave María purísima!

—Cómo querías que lo dejara ir con este aguacero!

—Bueno, pues yo qué! Vos sabés que ña Chepa tiene muy fea cuchara y que hoy es viernes y no hay olla!

—Andá vos á ver qué preparan y date lijero, porque ya son casi las cuatro.

—Pues hijito, afloje el pollo, á ver quién lo mete en camisa de once varas: hay que mandar á la pulpería á comprar fideos para la sopa, porque la que hay es de guineos celes y traer siquiera un diez de pan, porque es muy feo poner tortillas; además no hay huevos y habrá que mandar por unas piecitas y zapotillos de donde las Fernández, porque yo no me animo á darle á ese bendito señor del dulce de chiverre!

—Yo no tengo más que estos diez reales. Vos ve á ver cómo te las componés, porque me da pena dejarlo solo en la sala y voy á acompañarlo.

—Entretenelo siquiera un buen rato.

Don Benigno volvía al lado de don Esperidión con la sonrisa en los labios, en tanto que la pobre doña Toribia acudía presurosa á remediar el mal con más susto que si tuviera el cólera en la vecindad.

—Ña Chepa, tenemos convidado á comer á don Esperidón, mire qué apuro! Hizo las empanadas?

—Yo di onde? pos no vido que hoy casi no mandaron posta?

—No me salga con eso, ña Chepa. Y ahora qué hacemos? De qué es el principio?

—Pos angú.

—Jesús, María y José!

—Y diai, de qué quería que juera? No hay verduras, ayer se acabó el repollo y yo se lo avisé esta mañana.

—Pero ña Chepa, caramba, podía haberme...

—Hora sí que estamos galanos! Hombre! Eso faltaba! Yo no estoy necesitada de estar prendida al fogón pa manteneme; si lo hago, es por cariño á don Benino, pero tampoco pa que me venga Usté...

—Uy! pero cállese ña Chepa, que la va á oir ese señor...

—Pos no me venga á echar la culpa de...

—Pero si yo no digo que Ud. tenga la culpa, ña Chepa... Yo le he dicho algo?

—No, es que uno porque es probe tiene que aguantar.

—Pero yo en qué la he ofendido, ña Chepa?... Ve, ya se quemó el lomo!

Un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo de plano en una laja, salía del fondo de una cazuela y un olor de pavesa de candela de sebo se esparcía por la cocina y pronto por toda la casa, yendo á poner en grave sobresalto al bueno de don Benigno.

El percance se subsanaba con un poco de agua caliente y hacía olvidar el pasajero choque de ama y cocinera. Ésta, con una trompa de ájeme y aire altanero, se encaraba á su patrona.

—Bueno, pues eche acá la plata pa ir á mercar lo que haiga que trer.

—Pero va volando, ya está aquí!

La cocinera se encajaba el rebozo azulejo y salía escapada á hacer las compras, en tanto que doña Toribia, después de atizar el fuego y pasar revista á la escuálida despensa, emprendía la difícil tarea de poner la mesa.

Nuevos apuros y nuevos obstáculos que vencer: no había más que dos platos hondos, una fuente un tanto resquebrajada, cuatro platitos de diferentes colores y formas, sólo una cucharita de estaño, amén de torcida y deslustrada, los cuchillos mango de hueso, cachi-flojos, el mantel con un parchón de caldo de frijoles semejando el mapa de África y varios islotes y archipiélagos de achiote y yema de huevo; servilletas ni una y vasos ni dos.

Ña Chepa llegaba ahogándose con las compras y tirando el rebocillo sobre el cajón de la basura, se prevenía para hacer milagros.

—No se descobije, ña Chepita! Corra donde doña Mónica la mujer de don Sinesio Retana y dígale que digo yo que si me hace el favor de prestarme cuatro platos hondos, dos cuchillos, tres vasos, tres servilletas y

tres cucharitas, que es que hoy se queda á comer don Espiridión, que yo se los cuido mucho y que á la noche se los devuelvo. No se le olvide nada, corra!

Vovía á salir ña Chepa como una exhalación y mientras tanto, la apurada doña Toribia ponía los fideos y daba la primera mano á los platos complementarios.

Por fin llegaba ña Chepa con la mitad de lo pedido y con mil recomendaciones de parte de la servicial doña Mónica de Retana, la que mandaba recordar que todavía no le habían devuelto el salero que les prestó el martes, ni el hacha que les prestó el sábado.

Ama y criada, febriles y sudorosas, se multiplicaban y de sus torpes manos iban brotando unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia.

Don Benigno había ya agotado todo su arsenal de chistes; don Esperidión pugnaba por atajar enormes bostezos, el aguacero no escampaba y ya eran las cinco y cuarto de la tarde, cuando doña Toribia, previo un lavado de manos y un arreglo ligero de las mechas del ahumado cabello, aparecía en la puerta de la sala con una «pañueleta» sobre los hombros, un par de chapas rojas en las mejillas, los ojos llorosos á causa del humo y un trapillo amarrado al índice de la mano izquierda como vendaje de alguna reciente cortada ó quemadura.

—Buenas tardes, don Esperidión! Cómo está la niña Salomé? Dispense que no hubiera salido antes á saludarlo, pero...

—Cómo está, doña Toribia? Siento tanto haberla puesto en molestias, pero Benigno se empeñó y...

—No diga eso, qué molestia vá á ser? Usted es el que tendrá que dispensar; pero, quién lo iba á saber? Ayer se me fué la de adentro, á Uladislao lo tengo con la cara hinchada y ña Chepa, la de los Anonos, que tengo ahora de cocinera, no sirve para nada. Pero vénganse á comer, que ya son casi las seis; qué temeridad, pobre don Esperidión, no sabe cuánto lo considero!

Seguían excusas de don Esperidión, golpecitos en la espalda dados á éste por don Benigno, á la vez que por encima del hombro dirigía una mirada á su mujer que quería decir: «Qué hubo?», una mueca de aquella que significaba: «Se ha hecho lo posible» y huésped y matrimonio se encaminaban al comedor, llevándose de paso á Uladisladito ó Lalito, fruto de bendición, de seis años de edad, soltero, escolar y de este vecindario, á quien aquejaba atroz postemilla y arrollaba las quijadas un gran pañuelo verde, dejando á media luz el rojo y abultado carrillo.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en ridículo. Sobre el Africa del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas traspalentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría á

medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba á desembocar debajo del plato sopero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y á la sombra de las cucharas.

Los platos llanos, con flores de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico «Mónica de Retana», entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados á un enorme vaso de postrera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito.

Ña Chepa, con las enaguas domingueras y un larguísimo delantal de muestras, hacía veces de sirviente y dió principio á su tarea con la humeante sopa de fideos de cuerda.

Lalito abrió desmesuradamente los ojos ó mejor dicho el ojo del lado sano y con voz chillona exclamó «Eh, fid...!», cuando un pisotón diestramente dirigido por doña Toribia, le cortó el aliento, á la vez que su padre le torcía los ojos. Los fideos estaban un si es no es duros y faltos de sal, aunque abundantes de soles de manteca amarillenta. Don Espiridión ya casi había concluido de tragarse la sopa, cuando doña Chepa le arrimaba al codo la fuente con el lomo en

salsa de sebo rechinado, rodeado de papas color de herrumbre. Un codazo del huésped hacía rodar una papa hasta la bandeja del pan, dibujando un nuevo y caudaloso río, pero Lalito salvaba del océano á aquel náufrago trasladándolo tranquilamente á su plato con la punta de los dedos.

—Chepa!

—Jué que...

—Qué es eso Lalito, no se le ha dicho que...?

—No lo regañe, pobrecito!

El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa; las papas navegaban en el mar de sebo rojizo, hasta que un esfuerzo heróico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa iba á dar al plato de don Esperidión, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan.

El arroz llegó en plato hondo con su dorada costra.

—Mamá, deme costra de esa, decía Lalito señalando con el labio inferior el plato de arroz.

—Cómo se dice, ya se le olvidó?

—Hágame el favor, por vida suya, de darme costra.

Don Benigno tosía para atraer la atención de don Esperidión; Doña Toribia se mordía los labios y para calmar la tormenta servía costra á Lalito, quien la recibía con la mano y la engullía con un ruido de máquina de picar piedra.

Iguales ó parecidos lances ocasionaron un improvisado guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, un plato de tomates con masa y unas vainicas envueltas en huevo.

—Coma de estos tomates.

—Gracias, señora, ya he comido mucho y estoy que reviento.

—No sea así, si nada ha probado, el lomo lo dejó, no tomó casi nada de sopa y...

—Bueno, pues hágame el favor de servirme una cucharadita... Basta!

—Pero revuélvalos con arroz; y vea, estas vainicas no están tan feas... le pongo un barbudo?

—Después, gracias.

Así concluía la primera parte de la comida.

Doña Toribia instaba á don Esperidión para que se tomara la postrera, éste se excusaba pretextando que no acostumbraba esa bebida, Don Benigno y hasta Lalito hacían coro á Doña Toribia y tanto comprometieron al huésped que por fin lo decidieron.

Don Benigno alzó el brazo para alcanzar el consabido vaso, en tanto que Lalito mostraba sus adelantos en el deletreo leyendo la inscripción del plato en que se habían servido las piezas y zapotillos: «M...o... Mo... n...i... Moni...c... a... ca... Monica». Doña Toribia le dio otro pisotón y el chiquillo separando rápidamente la mano dio en el codo de su padre, lanzando media postrera sobre las barbas de don Esperidión. La con-

fusión llegaba á su colmo. El padre furibundo, arrimó un pescozón al chiquillo en la mejilla hinchada, reventándole la postemilla. Don Esperidión se limpiaba tranquilamente los pelos llenos de leche, Lalito ponía el grito en el cielo y Doña Toribia, roja hasta la punta del cabello, pedía mil perdones al bañado caballero, en tanto que ña Chepa se esmorecía de risa agarrada al cajón de la destiladera.

. . . .

A las siete de la noche, bajo una mediana garúa, salía don Esperidión de aquella casa, lleno de achiote y manteca, con la corbata hecha un trapo y la camisa empapada.

Don Benigno, que lo acompañaba hasta la puerta de la calle con frases melosas y sonrisas dulces, cerraba con estrépito y se dejaba caer desalentado en un sofá; Lalito lloraba á moco tendido con una cataplasma de linaza en el cachete, Doña Toribia no volvía del susto y ña Chepa, hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía lluvias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, á impulsos de una risa inacabable, cada vez que se acordaba de las barbas llenas de postrera del infeliz don Esperidión.

La Patria, 1º de marzo de 1896.

*

Un día de mercado en la Plaza Principal

Yo vivía en la casa de mi abuela doña Chanita Castro, establecimiento El Toro, esquina opuesta del Seminario, junto á la fábrica de hielo de Chaves y taller de Ricardo Méndez. Desde muy temprano oía, al través de la pared anchísima de adobes, el constante rodar de innumerables carretas por el empedrado desigual de la calle y el rumor más ó menos sordo me hacía inferir el contenido.

—Seguro que esa cal es de Indalecio Fallas.

—Y esa otra es leña, y ese que acaba de parar en raya el chirca enfrente de la pulpería, es Juan Ureña, oilo pidiendo su trago.

Ya en la pulpería, abierta desde las cuatro de la mañana, se oía el murmullo de las conversaciones de los parroquianos.

—Buenos días, Pedro!

—Buenos se los dé Dios, Ureña.

—Echeme unos tragos pa mí y pa los muchachos. Arrímense á espantar el diablo!

—Qué tomás, Indalés?

—Pa mí un isná con gotas.

—Pa mí cususa.

—Pa mí un mistao.

Se oía el rastrilleo de los caites de los «muchachos», el golpe seco del eslabón y los pasos de los que, ya con el Diablo «espantao», volvían á su faena de «bueyeros».

Pronto, el paso «picao» largo de un macho «mosquiao» denunciaba la presencia de don Mariano Monje[1]. Paraba en la pulpería, entraba haciendo resonar las bolitas de las espuelas, tomaba su ron de á diez, sacaba del pecho de su «cotón» de jerga su buen bolsillo de seda repleto de cuartas y plata blanca, pagaba y se volvía á montar en su «mosquiao», con más aires que Roldán[2] y más plata que el Gobierno. Ya en la esquina, volvía el macho y con aire altanero preguntaba:

—Se debe algo?

—No señor, está pago, decía Pedro.

Y don Mariano se alejaba.

A las seis de la mañana, ya estaba yo bebiéndome mi bebida y preparando los sacos y canastos para ir con Chanita á comprar el diario.

—No te se olvide el saco para la verdura; y cuidado con andarte perdiendo; ya sabés que compramos en el canasto y vas echando en el saco que dejás onde don Pepe!

—Mamitica, decía mi madre, me compra las moras y el almidón de Cartago, y si hay pacayas, tráigale un diez á Joaquín.

---

[1] Abuelo del Editor de estos Epítomes.

[2] Un personaje de leyenda, célebre por sus hazañas valerosas de caballero.

—Y á mí un cinco de coyolitos para comer con dulce.

—Y vea que el dulce sea del fino de ñor José María Rivera, el del otro sábado estaba revenido.

—A cómo estarán hoy los frijoles de Santana?

—Sepa Judas; si se está uno comiendo materialmente la plata; hoy hace ocho no rebajaban de quince el cuartillo; eso y los güevos, qu'están á cuatro por medio, va ber que dejar de comerlos.

La cocinera, consejero nato de mi casa, era consultada previamente acerca de la especie, calidad y cantidad de los víveres; y ella, con sus nagüillas de zaraza de color indefinible, su camisa de gola y su pañuelo de rabo de gallo en el pescuezo, contestaba con tono magistral, á la vez que se pasaba por las narices y los lagrimales una de las puntas del pañuelo de hombros:

—Pos yo conozco los ayotes pejivalles de pellejillo con solo enterrarles la uña y que sean bien esparramaos; los de onde ña Custodia Cordera son como buenos.

—Y si ve á Concho, el de mana Menegilda, mérquele los tacacos que son sin estopa, y hora que digo estopa no se li'olvide trerse achote del de tusa y el librillo pal máiz.

Tras de ese seguían mil encargos; Chanita cogía su sombrilla y su pañolón, yo la canasta y los sacos y ambos emprendíamos la marcha hacia la Plaza Principal, hoy Parque Central. Todavía en la acera de las niñas

Freer nos alcanzaba dando grandes voces la chichigua de Marcelina para decirle algunas palabras á Chanita, de las que á mi oído apenas si llegaban las de tripa... bitoque... y otras de las que nada sacaba en claro.

*

La Plaza Principal, con su baranda de hierro, sus hermosos higuerones é higuitos y su pila monumental, únicos testigos mudos de aquellas escenas, era el lugar de mercado á donde acudían los vendedores y compradores, unos en espera de la módica ganancia, los otros en busca del pan nuestro de cada semana.

Las calles circunvecinas estaban cubiertas de truchas, armazones de madera y techo de manta, tiendas ambulantes, unas de ropa hecha, otras de géneros, otras de artefactos de hojalatería, otras de tiliches y en fin, otras de santos ó cromos de carácter puramente religioso. El gran rectángulo estaba lleno, en variada confusión, de víveres, entre los que descollaban enormes montones de papas, ayotes, sapayos y repollos, grandes cueros secos en forma de batea, llenos de maíz y frijoles, espléndidos tendidos de atados de dulce, oloroso á caña, é infinidad de ventecillas de vainicas, chayotes, elotes, nabos, coles, rábanos y todo el gremio de las sabrosas verduras que adornaban nuestras suculentas ollas. Las frutas eran á la

vez que abundantes, de una risible baratura: mangos, limas, pejivalles, tunas, naranjas, cidras, plátanos verdes y maduros, guineas amarillas y moradas, guineos machos, piñas, membrillos, duraznos, higos verdes, matasanos, nances, aguacates, zapotes, marañones, coyoles, y en fin, ese millón de riquísimos dones con que la Naturaleza virgen de este privilegiado rincón de la tierra ha empalagado á todas las generaciones de chiquillos.

Frente al Cuartel Principal, y dentro de la Plaza, en correcta fila, estaban arrodajadas las vendedoras de melcochas, sobao, güesillas, rosquetes de Alajuela, bizcocho, empanadas de chiverre, turrones, puros de Iztepeque y bajeras, con sus mercancías sobre sendos canastos cubiertos con servilletas de hilo, adornadas con caballito rojo ó encaje de tres puntadas. Seguían las polleras, vendedoras de huevos, gallinas, chompipes, patos y demás volátiles, después los molejoneros y por último las moreras, con sus vestidos característicos de pursiana azul con ojos blancos y sus jucós llenos de sabroso fruto.

En la banda oriental, con largos cajones á modo de bancas, su cuchillo de mesa oxidado y su reglita ó medida llena de muescas, campeaban los jaboneros, entre los que figuraban muchachos de familias decentes. Recuerdo que á las doce en punto, con el cuchillo y la medida, redoblaban sobre el cajón acompañando al tambor del Cuartel y

no era posible que despacharan ni una barra hasta que habían terminado su tarea de redoblantes.

Seguían á estos alegres vendedores los arroceros y negociantes de cacao, con su mochila de pita colgando del cuello, encerrada en el pecho, sus manos empolvadas y carrasposas y siempre mascando granos del mejor Nicaragua ó del Matina más colorado. Después los hojalateros con sus rayos de lata de canfín, sus jarros, sus platos con abecedario en el borde y elefante en el centro, sus santos con vidrio y marco lleno de soldaduras, sus camarines cuajados de soles, estrellas y medias lunas coloradas, verdes y azules, su hornillo y sus candiles, tintero viejo del «áccido» y barra de soldadura para remiendos instantáneos.

—Cuánto me lleva por echármele marco á mi Señor San José?

—Con vidro ó sin vidro?

—Con vidrio porque se me destiñe.

—Seis reales.

—Trato hecho; ahí se lo dejo y vuelvo el sábado; y dígame, mañana podrá cogerme una gotera de limajoya?

—No señora, eso sólo Maján ó Mates.[1]

Seguían los herreros, entre los que descollaban las figuras de Mr. Berry y el maestro Santiago Muñoz, con sus tendales llenos de armellas, hachas, bisagras, llantas, bocinas, varillas de carreta, etc., todo criollo,

[1] Cogedores de goteras, famosos en su tiempo.

hechizo, con el color que les dejaba la fragua y las rayaduras de lima. Tras éstos vociferaban los chiquillos pajareros, arrimados á las gradas de la pila, con sus jaulas de tora y verolís, unas ordinarias, otras en forma de cuartel ó iglesia con torrecillas, é invariablemente la caja de sardinas llena de agua herrumbrada y la guinea ó la escudilla de alpiste.

—Cuánto pide por ese agüío?

—Treinta.

—Y por ese setillero?

—Se lo doy en cuarenta y cinco, porque es collarejo y cantador.

—Ese yigüirro es macho?

—Pues claro, hora estaba haciendo enredijos y eso que está peleche.

Y cada uno salía con su viuda, su rey de picudo, su canario de costa, su mozotillo ó su cacique naranjero.

Y por todas partes, atropellando viejas, regando sacos, deshaciendo montones, en medio de los denuestos de los perjudicados y las risotadas de los espectadores, con su cajón de pino á la altura del vientre, sostenido por ancha correa de vaqueta, lleno de tiliches como botones, agujas, aretes, gargantillas de perlas falsas, broches, cintas de papelillo [1], betún de Mason, mechas para eslabón y mil otras chucherías baratísimas, y con las manos llenas de pañuelos de á diez y rosarios de cuentas de vidrio, pasaba,

[1] Así llamadas por su parecido con el papel.

saltaba, vociferando su mercancía hasta enronquecer, el gracioso tipo del tilichero, con su sombrero ensartado hasta las orejas, saliendo el mechón de pelo por el boquete de la copa y su cara de desvergüenza y su risa de superioridad altanera.

—Fósforos de globooooo! á dos cajas por cincoo!

—Negrita, cómpreme esta gargantillita de ámbar legítimo de Mompelas y este par de aretes de dublé fino que nunca se ponen negros.

—Este chato sí le va á comprar á ña María el rosario bendito por el Nuncio de Lima, con cuentas de madera del Huerto de los Olivos. En seis reales le vendí uno á Bupedra[1] y á Usted se lo doy en cuatro.

—No friegue; écheme acá una mecha pa eslabón y no me jorobe más, pero que sea de las que echan buena yesca y se les saca cola de á jeme.

Y todos estos cuadros vivos, llenos de sangre joven y aliento de atleta, de sabor de tierra virgen y perfume de honradez y de virtudes, pasaba en medio de una alharaca espantosa como el bramido del océano, bajo los ardientes rayos de un sol de trópico, precursor de lluvia torrencial y teniendo como techo el azul purísimo de ese cielo que nos cobija y que es nuestro orgullo, nuestra tarjeta de bien venida, nuestro blasón nobiliario.

---

[1] *Tu madre*, en malespín.

Pues bien, á ese maremagnun entrábamos Chanita y yo, ella á comprar el diario, yo á cargármelo.

—Cuánto dijeron de güevos?

—Dos reales, un diez de yucas, veinte de vainicas, y el diez de pacayas.

—Andá comprate las vainicas, aquí te espero y si no me hallás aquí, las echás al saco y te me juntás en la venta de cacao de ñor Bejarano. Mirá que no te las den con hebra y que no sean de las de palo; son á cuatro rollos.

Mi abuela me daba la plata y yo, relativamente libre, despachaba la compra y con un diez que una veces me daba doña Bárbara Bonilla, otras don Aquileo Echeverría y otras papá, compraba seis manos (30 granos) de cacao Nicaragua escogido y con esa moneda de cuño antiguo y que hoy ya no circula, cambalachaba por melcochas, güesillas, mangos y limas, me echaba al coleto mi buen jarro de chinchibí de donde don Matías Valverde y conseguía un par de docenas de jaboncillos, que iban á parar junto con las frutas compradas y cachadas, al seno, á esa bolsa sin fin de los muchachos de mi tiempo.

Concluida la compra del diario y repleto ya el gran saco de brin que servía de depósito, la canasta atestada de huevos y mantequilla lavada é higos para hacer dulce, el par de súrtubas y el palmito arrimados al saco y el manojo de cebollas de San Juan coronando el nutritivo altar, principiaba el

para mí dificilísimo trabajo de la carga.

—Ñor José, écheme por vida suyita, este saco al hombro.

—A cuál carga Usté?

—Al izquierdo.

El enorme saco, pesando sobre el delicado hueso de la clavícula, me hacía zanja con los bordes de unas condenadas tapas de dulce, á pesar del colchón que los frijoles trataban de interponer: agarraba la boca del saco con la mano izquierda, me metía el canasto hasta la «sangradera» del derecho, cuyo sobaco oprimía ya las súrtubas y el palmito y agarraba con la mano el rollo de cebollas. El chonete me servía de tapojo y tras de cuatro ó cinco pujidos, lograba echarme á andar por la mal enladrillada acera, camino de mi casa, que estaba á dos cuadras de distancia.

Derrepente algún caritativo pasajero me gritaba:

—Chiquito, se le van regando las alverjas!

A aquella voz de alarma volvía todo el cuerpo para poder contemplar el daño; me arrimaba á la pared para equilibrarme; las súrtubas y el palmito se escurrían de debajo del brazo y al hacer un movimiento brusco para sujetarlas, el saco se me iba á la espalda, me maltrataba horrorosamente los nudillos del espinazo; la muñeca izquierda, ya acalambrada, cedía al dolor de la torción violenta, y con estrépito que á mi acongojada imaginación parecía el del juicio final, el enorme saco se venía al suelo, esparciendo

su contenido en media calle, yendo á parar el ayote de pellejillo al caño sucio y quebrándose en mil pedazos un «atao» de dulce y unos cuantos huevos de la canasta.

Con la cara como un chile, cubierta de sudor, y nublada la vista por enormes lagrimones y las narices chorreando candelas, me ponía á juntar los víveres desertores y á acomodarlos en el maldito saco, haciendo inventario de las pérdidas irreparables y de los heridos menos graves. Un sapayo estaba inútil, los rabos de las cebollas llenos de barro, una tapa de dulce había hecho blando nido en una boñiga y las yemas y claras de media docena de huevos salpicaban todo el embaldosado y parte de la pared.

Por fin, previo un nuevo auxilio de un ñor José y algunas precauciones, lograba seguir mi calvario; pero mi contento de verme tan cercano al fin de la jornada, ya en la esquina de ñor Juan de Jesús Jiménez, en frente de mi casa, se desvanecía dando lugar á la mayor angustia. Cleto Herrera, Tatono Bolandi, Abraham Zúñiga y otros más que á mí me parecían miles de foragidos, despreciando mis gritos y mis injurias y aprovechando mi estado de absoluto desvalimiento, me sacaban las mangas de la camisa y mis mangos, mis melcochas, mis güesillas, mis limas y mis dos docenas de jaboncillos rodaban á mis pies y eran presa de aquellos salteadores, que á mi vista y paciencia se los tragaban, riéndose de mi copioso sudor y llanto. Y no era eso lo peor, sino que con

la violencia, me habían saltado el botón de los calzones, único sostén de esa adorable prenda, y al dar yo el primer paso hacia mi casa, se me escurrían y se me escurrían hasta dejarme casi atadas las pantorrillas, en cuya vergonzosa y triste figura me acercaba á la puerta de mi hogar paterno.

—Cójanme el diario, que no puedo subir la grada porque traigo caídos los calzones; cójanme estoooo!

A mis gritos acudía la familia toda, me descargaban y previo un par de puntapiés por sin vergüenza, me hacían entrar de las orejas.

—Aquí falta una tapa de dulce y un sapayo, decía mi abuela.

—Fué qué...

—Silencio! ya viene con sus mentiras. Ahora, en castigo, en cuanto almuerce mete esa carretada de leña!

No había apelación: estaba convicto, confeso y sentenciado. Pensaba un rato en las injusticias de la vida. Almorzaba con apetito voraz, y metida la leña, llenos de raspones y cáscaras las orejas y el pescuezo, echaba un sueño de ángel, feliz en el regazo de mi madre.

La Patria, enero, 1866.

*

Un baño en la presa

Crucé en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma Cacheda, con dirección á la Plaza Principal, llegué á la tienda de don Maurilio, torcí á la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir á Baltasar, en La Esperanza de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Ibamos á la escuela de don Adolfo Romero, una mañana del mes de marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de «cotín» azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde «Lescoviche» y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo del brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi bulto, hecho de un cartón de tijeras, primoroso obsequio de don Teodorico Quirós. Contenía ese bulto una pizarra, un cua-

dernillo de papel de «venao», [1] un casquillo de puerco espín, una regla de cedro, mi trompo, un mango verde y una botella de agua de dulce con limón, tapada con un olote.

Los mejores propósitos me llevaban á esa hora á mis cuotidianas lecciones; pellizcaba de cuando en cuando la cáscara del mango y me sabroseaba en mascarme una de lima que en la bolsa del calzón me había encontrado; repasaba los nudos del cordel de mi trompo y le emparejaba con los dientes las canelas y cecos que me le habían inferido en la Mancha brava de la víspera, en el altozano de la Catedral.

De repente me siento cogido por la espalda, con un par de manos olorosas á zumo de naranja encima de los ojos, y una voz vibrante y juvenil que me grita:

—Manuelillo, huyámonos de la escuela y vamos á bañarnos á la presa, va con nosotros Toño Arguedas, los Pinto y el Cholo Parra!

El que me llamaba con tanta zalamería era mi amigo íntimo, mi compañero inseparable, mi siempre admirado negro, Alejandro González Zoto, el que hoy duerme el sueño eterno en el fondo del océano, digna tumba de tan digno carácter.

Vacilé un instante, el deber me llamaba á la escuela, veía pasar por delante de mis ojos, amenazadoras y terribles, las riendas

---

[1] Lleva este nombre, porque puesto al trasluz, se ve un venado como marca distintiva de fábrica.

que mi padre usaba como instrumento de castigo, veía las lágrimas surcar silenciosas por las pálidas mejillas de mi madre y oía con argentino retintín la voz de mi hermana Marcelina, que decía: «No le pegue más, papito, no le pegue más». Hice un débil esfuerzo para alejar aquellas visiones importunas, y como el acero sigue al imán, me sentí arrastrado por el placer de la escapatoria y el baño y contesté:

—Bueno, vamos, pero cuidado nos cavilosean.

Todos deshicimos parte del camino recorrido y á saltos y brincos, llegamos á la presa, al lugar en donde hoy se encuentran los lavaderos públicos, en las orillas del río Torres, camino del Ballestero.

Como cincuenta varas antes de desembocar á la plazoleta que daba frente al remanso, ya la mayor parte de nosotros no tenía puestos más que los calzones; todo el resto del vestido colgaba ya en apretado motete debajo del brazo. Era cuestión de alta nombradía lograr echarse al agua el primero. Ese puesto no se le podía arrebatar al Cholo Parra, que no usaba zapatos y que casi no gastaba camisa ni chaqueta: para él quitarse los calzones y la camisetilla de manta era la obra de persignarse un cura loco; y apenas si podíamos oir el chasquido del agua al caer el pesado cuerpo cobrizo del Cholo, al principiar nosotros á soltar la faja de los calzones.

El Cholo, Toño y los Pinto eran insignes

nadadores, se tiraban de la Punta del Cascajo y después de estar consumidos largo rato, braceaban airosos hasta el Castillo, del que tomaban posesión á los pocos minutos.

Alejandro y Chepe no calzaban puntos tan altos, aunque sí aguantaban mucho de consumida y nadaban de á «lao» y de espaldas. Si no me equivoco, Alejandro sabía dar el zapatazo y ya casi hacía el candelero, pero este último ejercicio sólo recuerdo exactamente habérselo visto hacer á Parra con una perfección envidiable.

Yo era, además de mal nadador, sumamente pusilánime y era para mí obra de mérito cuando me tiraba del Cascajillo y con «nadao» de perro, llegaba, ahogándome, á la Pocilla de los chiquillos, con un pie en el fondo y el agua á la cintura; pero me daba aires, tenía mi cáñamo amarrado á la barriga como el Cholo y sacudía desdeñoso la cabeza para quedar peinado con un golpe de agua como coyol «chupao».

Todos los compañeros estaban ya en el agua; solo yo estaba tiritando, sentado á la orilla del Cascajo, contemplando envidioso los graciosos movimientos de los nadadores, sin atreverme á echarme al río, cuya temperatura había tanteado metiendo la pierna hasta la rodilla.

—Y diai, no te echás? me grito Alejandro!

—Echémolo al Cascajo, vociferó Toño, al mismo tiempo que Jenaro Pinto me zampaba en el pecho una pelota de barro.

Atemorizado, convulso, lloroso, corrí á amparararme al lado de una lavandera que estaba metida hasta la pantorrilla en un ojo de agua lleno de cabezones y ranas verdes, y tal era mi congoja que no veía donde pisaba, resbalé en una laja y caí entre la batea de la pobre vieja, emporcándole la ropa de segundo ojo y un fustán engomado, que parecía un globo ensartado en una mata de güísaro llena de manchas de jabón.

La vieja me cubrió de insultos y nalgadas y me acertó un mojicón en un ojo que me hizo ver candelillas

Del pozo me sacaron entre Alejandro y Toño y en medio de una algazara de once mil diablos, sordos á mis gritos y patadas, me lanzaron á medio río, en donde me dí un panzaso que me dejó colorado como un tomate todo el vientre y parte de la rabadilla.

Me ahogaba, tragaba agua á borbollones, estaba perdido, la vivísima luz del día llegaba amarillenta á mi pupila buena al través de las fangosas aguas, y mis esfuerzos eran impotentes para salvarme. Sentí que me agarraban de una mano, que me tiraban fuertemente y por fin la luz hirió mi vista con inusitado brillo, con fulgor indescriptible. Eché á llorar en medio de las carcajadas de los compañeros y me encaminé mustio y cabizbajo, como perro regañado, al lugar en donde me había desvestido. Soplaba un viento fuerte que me acalambraba; fuí á ponerme los calzones y no pude, me les habían echado bizcocho; á

la camisa y á la blusa les había pasado otro tanto; cada nudo de aquellos, apretado por las robustas manos del Cholo Parra, era una bola de billar indestructible. Por fin, á fuerza de dedos y dientes y uno que otro rasgonazo, logré deshacer el daño y vestirme. Nuevo tormento! Se habían llevado el bulto los de la Banda Chiquilla, Jenaro Pinto se había comido mi mango y Ernesto se había bebido mi agua de dulce con limón y todos huyendo me habían dejado solo.

Lloré largo rato, me encaminé á casa con un miedo horrible, llegué cuando principiaban á servir la comida, oí la voz de mi padre que preguntaba airado por sus riendas, y caí en el quicio de la puerta, víctima de un desmayo.

. . . .

Todo había sido un sueño, pero un sueño horroroso, tan horroroso y tan... que... vaya, pues lo digo. No, baste saber que todo ese día el colchón de mi cama, tendido sobre dos taburetes, recibió los ardientes rayos del sol.

Enero 12, 1896.

*

Una obra de misericordia

La calle pública ha dejado de serlo, desde hace seis días, en una extensión de cuarenta varas; á cada extremo del trozo cerrado, sendas alfajillas sobre cajones vacíos forman la interrupción de la servidumbre de «á caballo y con carreta» como dicen las escrituras; está cubierta de aserrín la acera de la casa de mi amigo don Liberato Valerio, quien, según aseguran *El Cepillo Nacional* y *La Alcancía Desfondada*, órganos notables de nuestros dos grandes partidos, se encuentra enfermo de gravedad.

Las relaciones íntimas de amistad que desde hace muchos años cultivan felizmente nuestras familias, me obligaron á hacer una visita á mi estimado don Liberato, y una noche, como á las ocho, me encaminé hacia su casa, provisto de abrigo y de cigarrillos, útiles que, unidos á mi buena voluntad, me armaban de punta en blanco para poder quedarme á velar, si fuere necesario.

El zaguán de entrada estaba cubierto de alfombras y sacos viejos para amortiguar el ruido de las pisadas, y sobre la puerta que daba al enclaustrado corredor, brillaba la rojiza luz de una lámpara con reflector que cegaba al visitante; desde la entrada daba

en las narices un fuerte olor de botica y un vaho de cocinilla de aplanchar; en el corredor se divisaban unos cuatro bancos y algunas sillas, unos y otras ocupados por parientes del enfermo y amigos de la casa.

Entré de puntillas con la debida precaución, pero aunque mis pisadas eran imperceptibles, las tablas crujían como mesa de amasar; no había recorrido ni la mitad del zaguán, cuando del corredor me lanzaron un scht... altanero con aires de regaño y ribetes de cólera comprimida, á la vez que todos los bultos sentados allá me imponían silencio con el índice sobre los labios abarquillados. Continué mi entrada con mayor torpeza y sobresalto, y un gran peso se me quitó de encima cuando por fin puse los pies sobre los ladrillos.

Todos los bultos se enderezaron para saludarme.

—Buenas noches, señores; siéntense, no se molesten, dije en general; y luego, dirigiéndome á don Robustiano, hermano del enfermo, le pregunté con voz temblorosa:

—Como sigue don Liberato?

—Lo mismo, gracias, me contestó con voz en la que se coló un suspiro prolongado que alcanzó desde antes de la L, hasta después de la s.

Yo, que no sabía como había estado antes don Liberato, me quedé en la misma con el «lo mismo» de don Robustiano, pero el suspiro me dió á comprender que el caso era grave.

Tomé asiento en un baúl de cuero que encontré libre, con sus adornos de tachuelas, y poniendo cara compungida, me eché el sobretodo encima de las rodillas y esperé á que la conversación interrumpida á mi llegada, me diera la clave de la situación.

—Pero el sábado no se le habían bajado? dijo un futuro yerno de don Liberato, con el cuello del paletó levantado hasta las orejas y un pañuelillo de seda arrollado al pescuezo.

—Sí, desde como media hora después que arrojó, el viernes, ya sintió que se le bajaban; él se lo dijo á Mechitas.

—Y qué opinaron ayer en la junta?

—Pues Meléndez cree que habrá que hacerle operación, pero Garay y el doctor Fulján opinan porque ya no es tiempo.

—Lo dije yo desde que supe que le estaban dando los cólicos hepáticos, dijo un señor gordo que hacía traquear un taburete, persona muy respetada en la casa, antiguo empresario de una fábrica de almidón;—cuando á mí me daban esos cólicos en Atenas, me dijo el doctor Merino que si no me hacía la operación en el acto, no duraría un mes.

—Y se la hizo?

—No, pero fué que Atanasia me puso unos parches de aguarrás y estuve como dos meses á punta de hombre grande y vino de coyol serenado. Vea; el año de sesenta; no, mentira, el sesenta y... no, ... cuándo fué que te compré el macho dos pelos, Tiano?

Don Robustiano miró el techo, engurruñó los ojos, y con la boca entreabierta, estuvo como un minuto revolviendo el canasto de su memoria; por fin, dijo:

—Ah!... el Come-maíz? Como que fué el año...

—No hombre, el Come-maíz fué el que le cambiaste á ñor Muñoz por la potranca azuleja, acordate.

—Ah! sí, el dos pelos... dijo en alta voz don Tiano, el que te botó en Sorubres!

El señor gordo se puso como un tomate y ya iba á protestar, cuando un insolente scht, lanzado desde el aposento del enfermo, le cayó como un jarro de agua.

La señora de la casa, esposa de don Liberato, se dirigió al grupo, andando en la punta de los pies. Usaba una enagua negra llena de chorreones de esperma; un pañolón chinilla, hediondo á cataplasma, le cubría desde la cabeza hasta el cuello, en donde se arrollaba en apretado abrazo y un pañuelo de dudosa limpieza le ceñía las sienes comprimiendo un par de rodajas de papa á los lados de la frente.

—Hablen quedito, por vida suya; Tiano, hay que mandar á traer el ungüento, antes que cierren la botica de don Bruno, y dos reales de esencia de clavo.

El presunto yerno saltó como muñeco de resorte y dijo:

—Yo voy.

—No se moleste, Toño, á Usted le va á hacer daño tanta mala noche, está muy aca-

tarrado y el sereno es lo peor que hay para el pecho.

—Adió, no tenga cuidado, Magón me presta su sobretodo, esto no es nada!

Doña Mercedes, ó la niña Mechitas, como la llamaban sus amigos, me saludó untándome la mano de belladona, de la que estaba cubierta.

—Buenas noches, niña Mechitas, y cómo sigue don Liberato?

—Después de la última deposición se ha calmado mucho y dice Meléndez que el ronquido es natural, y que si así sigue, tiene mucha esperanza.

El señor gordo, ó sea don Tadeo Soflamas, volvió á enderezarse y con voz de chiflón, dijo:

—Lo mismo que á mí; sabe con qué vino á aliviárseme el ronquido? con un collar de lágrimas de San Pedro amarrado aquí (y se ponía las manos en las caderas) y con los cojoyos del cirgüelo macho.

—Dicen que son muy buenos, pero que es mejor la cáscara del giniocuavo con unos granitos de ipecacuana, insinuó don Tiano.

—Sí, pero el giniocuavo es muy ventoso. Ve, en setiembre del setenta y uno, cuando la cosa del... No pudo concluir.

Un ruido como de lucha ó pleito de garito salía del aposento; todos corrimos á prestar auxilio y doña Mechitas se lanzó al interior desatentada.

—Qué fué, que fué?

—Que papá se cayó de la cama, por ir á

alcanzar no sé qué de debajo y se dió un golpe en el cachete con la pata de la mecedora, contestó toda azorada la novia de Toño, único fruto del amor de don Liberato, en tanto que medio tapaba las desnudeces del infortunado viejo, pero no tan bien que no pudiera percibirse que el caso no era tan grave como Meléndez creía.

Todos ayudamos á levantar en peso á don Liberato, á quien acomodamos de nuevo en la cama.

—Póngale una venda de vinagre en el cachete.

—No creé Usted que con la calentura le haga daño?

—Tiene mucha?

—Treinta y nueve y dos quintos, y á esta hora siempre le sube.

—Entonces póngale una tela de araña y dulce raspado. A mí, cuando me clavé el vidrio... decía don Tadeo.

Todos nos volvimos para contener una carcajada, porque recordábamos que al pobre Soflamas se le había clavado un casco de botella en salva sea la parte, que lo imposibilitó para sentarse por más de un mes.

—Ahí está el doctor!...

Meléndez, pisando recio, con aire de Comisario del Norte,[1] y con una impertinente sonrisa de superioridad, se acercó al borde del lecho, haciéndonos el honor de saludar-

[1] Un empleado secundario en la antigua orgaganización de la policía de la ciudad.

nos con una ligera inclinación de cabeza.

Se le refirió el último percance. Escarbó la herida de la mejilla con la punta de los dedos, con gravísimo dolor de don Liberato, quien encogió hasta el último tendón de la terrosa cara; sacudió el termómetro haciendo resonar el almidonado puño de la camisa, se lo entregó al paciente, quien lo acomodó en su nido, y dió principio al siguiente interrogatorio:

—Se puso el ungüento?

—Sí, señor; pero no le ha bajado la hinchazón y sigue la misma dificultad para coger el vaso.

—A ver la lengua.

Don Liberato la sacó de á jeme, con riesgo de su dentadura postiza, y cubierta de un sarro amarillo-verdoso.

Así la tuvo largo rato, en tanto que Meléndez se informaba de algunos otros detalles como número y color de las deposiciones, apetito, etc.

Por fin sacó el termómetro, después de dar un vistazo á su magnífico cronómetro.

—Cuánto tiene, doctor?

—Treinta y ocho y siete décimos, va bien; ahora vamos á cambiar el tratamiento. Voy á recetarle unas cucharaditas que tomará una cada tres horas y ya pueden darle algo sólido como pechuga de gallina ó carne asada.

Don Liberato, con voz de chiquillo consentido, preguntó:

—No me dejaría usted comer unos pichones de itabo?

—Deveras, pobrecillo, desde ayer está con ese antojo, saltó la niña Mechitas.

—Absolutamente, dijo Meléndez.

Se levantó después de extender la receta en una hoja de su cartera, y se retiró ofreciendo volver al día siguiente.

Don Robustiano lo alcanzó ya en el zaguán.

—Cómo lo encuentra, doctor?

—No creo que haya desaparecido el peligro, pero ya hemos andado un gran trecho. Veremos mañana.

—Y la operación?

—La suspenderemos por ahora.

Soflamas arrebató la receta de manos de Mechitas y se puso á descifrarla:

Esp... alca...; sul... copr...; ess... trem... Agse... ben... antes de usarlo.

—Ajá!

Espíritu de alcanfor, sublimado corrosivo y espérense á la tremenda; agáchese bien antes de usarlo. Vea, niña Mechitas, no le vaya á dar á Liberato esta medicina; yo creo que Meléndez no le ha conocido la enfermedad.

—Por qué don Tadeo?

—Porque esta medicina no se la daría yo ni á mi mayor enemigo, es una barbaridad; figúrese que le da sublimado corrosivo, fuera de otras cosas que sólo yo entiendo porque están en Latín.

—No diga eso, don Tadeo! Ave María purísima!

—Yo que Usted, ahora mismo llamaba al

doctor Nevercures, que ha hecho curas maravillosas en los Estados Unidos, recién llegado de París, en donde no quiso quedarse por no hacerle competencia á los de allá.

—Y si lo sabe Meléndez?

—Se le dice que nadie lo llamó, que fué que vino por casualidad, como amigo mío y que no recetó nada.

—Yo no hallo que hacer! Me da mucha pena con Meléndez; lo que haremos será no darle esa medicina que Usted dice, y si mañana amanece lo mismo, vemos á ver que camino cogemos.

—Pues hagámole un remedio que es como bueno. Mire, se coge la raiz del perejil crespo, se machaca junto con unas semillitas de nabillo colorado y se ponen á herver en una botella de agua hasta que quede sólo el asiento; después se coje una cabeza de ajo, se pela y se muele en una piedra junto con la hoja de espuela de caballero, se menea bien todo en una olla nueva de barro, á fuego lento y de eso se le unta en las pelotas hasta que le escueza. Al mismo tiempo le pone un parchito en el ombligo, de lágrima de candela y flor de ceniza. No deje de darle también cebada como agua de pasto y cuando le dé cólico, le cuelga una llave de la nuca y le pone una ayuda de cojollos de naranjo de China y hoja de güitite.

—Y eso es bueno?

—Que si eso es bueno? Pregúntele al padre Gumersindo que con qué se le quitó á él un miserere que le dió en Piedras Ne-

gras, el año de sesenta y ocho? Y que si no le hace bien, no le hace mal. Nada se pierde con tantear.

Como la receta de Meléndez estaba desechada y la de Soflamas era impracticable, se ganó la vida el pobre Liberato, por lo menos en esa ocasión.

Ya el paciente volvía á roncar con toda naturalidad con tamaña boca abierta, cuando el relojillo despertador dió las doce.

—Ya es hora del alimento, dijo la novia de Toño.

—Déjenlo dormir, decía Tiano.

—Es que desde las ocho no toma nada; á las cinco se tomó una taza de sustancia con unas rodajitas de pan tostado, á las seis, un vasito de leche tibia y una tacita de atol de yuca con cascaritas de tortilla, á las siete apenas bebió el chocolatillo con un polvorón, y á las ocho dejó como medio pichel de atolillo y no quiso probar las galletas de soda.

—No importa, el sueño alimenta, déjenlo dormir, dijo Soflamas.

Todos nos volvimos al corredor, en donde encontramos á Toño acostado en la mecedora y tapados los pies con mi sobretodo, del que una manga nadaba en la olla de las cataplasmas y con mi paquete de cigarrillos completamente diezmado, á extremo de no haber más que dos dentro del zurrón.

Doña Mechitas nos brindó una taza de café que aceptamos y bebimos casi frío, y don Tiano nos llamó aparte á que nos arri-

máramos un buche del cognac del enfermo.

Yo trinaba de frío y de cólera con el comodidoso de Toño, la pérdida del abrigo y de los cigarrillos y de un billetito de á cinco pesos que al mismo había prestado para la compra del ungüento y la esencia de clavo y cuyo vuelto no había visto ni vería jamás.

A don Tiano se le había encandilado un maldito raigón con el buche de cognac y don Tadeo se empeñaba en ensartarle en la caries el palillo de un clavo de olor, que según aseguraba, era como con la mano, pues á él, el año setenta y tres...

Mechitas se había ido á recostar mientras amanecía, y la novia de Toño se había quedado privada á la orilla del «molendero» con una cataplasma de pan y leche en la mano.

Aprovechando el oportunísimo momento que se me presentaba, arranqué mi sobretodo de las patas de Toño y sin volver la cara, me escurrí hasta la calle, prometiéndome no cumplir jamás con el precepto de visitar á los enfermos, sin previa información de utilidad y necesidad.

1896.

*

Noche-buena

A mi amigo y primo Tobías Zúñiga Castro

Vamonós pastores,
vamos á Belén,
á ver á la Virgen
y al Niño también.

Corría para mí el dichoso año de 1872. Libre de las faenas escolares, en plenas vacaciones, pasados los sustos y angustias de los exámenes, despedido ya de los queridos profesores don Manuel, don Adolfo y don Angel Romero, don Amadeo Madriz y mi tío don Alejandro González, frescos aún en mi memoria sus últimos consejos y en mi cuerpo sus últimos reglazos y coscorrones, me disponía á gozar con todas mis fuerzas de los veinte ó treinta días de libertad relativa, dando de mano al Cinelli, al Herranz y Quirós, á la Aritmética de «don Joaquín,» á los carteles y á las planas rayadas en cuarta.

Soñaba una noche con mi trompo de guayacán con puyón de tope, obra maestra de ñor Santiago Muñoz, y lo veía triunfante, roncando desdeñoso entre un montón de monas por él destrozadas, esparcidas las

canelas, abolladas las cabezas de tachuela de tanto y tanto tataretas que con él habían osado medirse en sin igual Mancha brava. Qué eran para él, sino objetos de desprecio, la mona de cacho de Narciso Blanco, el obispo de cocobola del Cholo Parra y el pasarraya de Arnoldo Lang?

Después entraba el bolero, orondo como cura de parroquia grande, con su casquillo de cápsula de revólver y su cazoleta ancha y honda como la pila de la Plaza. Y echaba docenas con los mejores jugadores y los dejaba avergonzados: una una, una dos, una tres, una cien, y destorcía el cordel con aire magistral y seguían los millares de revueltas hasta caer el brazo desfallecido y dejar rojos como tomates á todos los contrincantes, como el Sapo Gutiérrez, Isaac Zúñiga y toda esa pléyade de valientes campeones.

El bolero se esfumaba en el rosado horizonte y aparecía el barrilete colosal, más grande que mi padre, de varillas de cedro labradas por la diestra mano del maestro Moris, con sus frenillos de cabulla torcida y encerada, con su forro de lienzo de á real, de donde don Pepe, sus flecos de vara y media de coletilla azul y roja y con un rabo de buen mecate entrelazado con muestras de zarazas de brillantes colores. Y qué cuerda! de más de tres cuadras, toda encerada á mano por Nácar, el rey de los zapateros, con chuste legítimo de María Seca; y ya estábamos en la boca de la Sabana, á

donde había llegado en triunfo el barrilete, escoltado por los primos y amigos íntimos como guardia de honor y más de cien chiquillos como espectadores; y Chepe me lo echaba y Abraham le quitaba los colazos y Félix le metía correos y Tobías le echaba engaños; y todos aplaudían y me envidiaban, porque yo era su dueño y señor, yo tenía el ovillo en la mano y la cuerda arrollada en la cintura. De repente el viento reforzaba su violencia, el barrilete impelido por el huracán daba grandes «cabezeadas» y zás! la cuerda se reventaba y toda la máquina, hecha un remolino, caía por allá por los cafetales de Pío Castro. El susto me despertaba del sabroso sueño y todavía sudoroso y convulso, abría de par en par los ojos á la claridad suave de la mañana, un veinticuatro de diciembre.

Hería mis pupilas con inusitado reflejo el abigarrado color del vestido que sobre un baúl de cuero me esperaba al lado de la cama. Componíalo una chaquetilla ajustada á usanza mujeril, de color verde esmeralda, con botones de hueso, un pantalón corto y ancho de color anaranjado con franjas azules, un birrete de coletilla amarilla con hermosa pluma de gallo, un par de medias «maternas», rayadas de azul y blanco, una caña brava, con flores de trapo y campanilla de cobre en la punta superior, á modo de cayado, una zalea de color de ladrillo que me prestaba don Pedro Zúñiga y un par de zapatos amarillos de talpetao con co-

rreaje ídem. Era mi equipo de pastor, mi uniforme de gala, con el que debía recorrer desde las cuatro de la tarde hasta media noche, cantando y bailando, todos los portales importantes de la capital, en unión de veinte compañeros, muchachos y muchachas, ensayados y dirigidos por el bondadoso é inovidable don Marcelo Zúñiga.

Esperar á que pueda describir el cúmulo de emociones que la vista de ese traje despertaba en mi alma de siete años, querer enumerar las cien mil peripecias que su adquisición me costaba y los pleitos, promesas, lágrimas y propósitos de enmienda que habían servido de peldaños para escalar el deseado puesto de pastor, sería obra de nunca acabar, así como el Teatro Nacional ó el Ferrocarril al Pacífico. Pero estaba al alcance de mi mano, era mío propio, hecho casi todo á mi medida, por Ramoncita Muñoz y la niña Gertrudis, para mí entonces las más aventajadas modistas que blandían tijera. Sí, era mío; en el forro del birrete se leía con grandes caracteres mi nombre con el estribillo de «Si este gorro se perdiere, como suele acontecer, etc.» Era muy mío, como mi alma, como mis años, como mi niñez.

Llegaban por fin las cuatro de la tarde, las que me hallaban armado de punta en blanco con mi caña y mi ramo de flores de pastora.

—Cállate, demontre, me decía mi madre, si seguís atarantando con esa campanilla no vas á los pastores, te quito el vestido.

—Ya despertó á Marcelina, decía mi abuelita; este mocoso es insoportable. Dejá esa maldita caña, muchacho!

—Que los llama don Marcelo, gritaba Aquileo desde la puerta, ataviado de pastor, con las medias caídas y las faldas de afuera.

—Y corran porque ya nos vamos, ya llegaron los músicos, decía Alejandro Cardona, blandiendo su caña encintada y su gorra de pana (porque era de los ricos).

Corríamos en tropel, saltando de gozo, á formar en la ancha acera de la casa de don Marcelo. Allí estaban José, Chico y Ricardo Zúñiga Valverde, Isaac y Abraham Zúñiga Castro, Alejandro y Jenaro Cardona, Félix y Aquileo Echeverría, Chepe y yo, cada uno con su compañera, las Gargollo, las Zúñiga, las Cardona, las Aguilar, todas preciosas, llenas de vida, con la alegría en los ojos y la dicha en los corazones.

Rompía la música en acordes formados por notas de cristal, con armonías de arroyo murmurador entre el campanilleo de los cayados y las voces argentinas de los pastores cantando villancicos de sin igual ternura, expresión sencilla de cariño infantil hacia el Niño Dios y á su preciosa y adorada madre la Virgen María.

Así recorríamos uno á uno los portales olorosos á piñuela y cohombro, albahaca y piña, con sus racimos de limas y naranjas, pejivalles y coyoles, con sus encerados figurando montañas, y sus vidrios represen-

tando tranquilos lagos, con sus entierros, procesiones, carretas, degollación de inocentes, escenas populares, críticas de costumbres, lluvias de hilos de plata, luna y sol de cartón dorado y cercas de piedra y barro de ollas. Y allá en el hueco de una roca, con huevas de algodón salpicado de talco, sobre un montón de pajitas en forma de nido de gorriones, el Niño Jesús, el Hombre-Dios, desnudo y con los bracitos al aire, en actitud juguetona, con aureola de risa y majestad de rey; ese precioso conjunto de gracias y de martirios con que la imaginación del hombre ha personificado á su Salvador.

Todo respiraba satisfacción, alegría, infancia, todo llenaba el alma de dulcísimas emociones, que revoloteaban rápidas y brillantes como doradas mariposas.

Y luego la espumosa chicha y el picante chinchibí y los ricos tamales y el jolgorio y el bailoteo y los cantos y los triquitraques en el portal de Chanita, con su Paso de Guatemala y sus indios de Guatemala y sus molinos y sus culebras y su amable sonrisa y su contento sin rival, su exquisita finura y su mistela de cominillo y perfecto amor.

Bendito mil veces el recuerdo querido de aquellos años felices, bendito el que dijo por primera vez:

Vamonós pastores,
vamos á Belén,
á ver á la Virgen
y al Niño también.

La Patria, 24-XII-95.

GLOSARIO

Abejón, corteza seca de la baya del café.—*Zapatitos de abejón*, de cuero color tornasol.
Achará, qué lástima!
Acholao, de *cholo* ó mestizo.
Achote, achiote.
Adentro (la de), la criada.
Adió, vaya! no puede ser!
Aflojar (el pollo), dar dinero.
Aguío, un pájaro cantor (*Euphonia*).
Ai, ahí.
Ajo, de *carajo*, expresión de enfado.
Alfajilla, alfajía.
Almetir, admitir.
Alzar (alcemos), recoger la mercadería que se vende.
Amachinamiento, amancebamiento.
Amarrarse (una *soca*), ponerse una borrachera.—*Por las* (enaguas) *que me amarro*, expresión de energía en el propósito.
Angú, principio de *guineo* tierno.
Antorcha, de entorchar.
Ao, por ado, en voces como *lao*, *nadao*, etc.
Arrear (arrelen), empezar ya.
Arrimarse (un buche), beberse un trago.
Arrojarse, vomitarse.
Atado, *atao*, dos *tapas* de *dulce* ó chancaca.
Atiparse, hartarse.
Atolillo, dulce de harina de maíz ó de arroz, azúcar, canela y huevo.
Atorzalado (rebozo), de torzal.
Áyote, cucurbitácea comestible.
Azulejo, pavesa.
Bajar, venir á la ciudad.
Bajera, tabaco ordinario.

Bajo, la parte baja de una finca.
Bambuses, de bambú.
Banda, ceñidor de seda ó lana.
Bandeado, herido gravemente.
Barbudo, dos ó tres *vainicas* envueltas en huevo.
Batea (trabajo de la), lavado de ropa.
Beneficio, patios, construcciones y maquinaria para beneficiar el café.
Ber, haber.
Bistedes, de *beefsteaks*.
Bizcocho (echar), hacer nudos.
Bocao (restregar el), echarlo en cara.
Bombas y *bombetas*, de bomba.
Bravo (hacerse el gato), adueñarse de una cosa.
Budines, *pudines*, de *puddings*.
Bulto, cartapacio para útiles escolares.
Buque, marco de la puerta.
Caballito, hiladillo en picos.
Cabezón, renacuajo.
Cacique naranjero, un pajarito cantor.
Cachadero, robadero.
Cachete (hacer), contarle más café del que ha escogido.
Cachiflín, buscapiés.
Cachimbazo, golpe, disparo.
Caedizo, cobertizo.
Caite, sandalia de cuero sin curtir.
Cajeta (aquello era), era cosa difícil.
Calentarse, enojarse.
Campiruso, rústico.
Cancha (hacer), abrirse paso.
Candelero (hacer el), hundirse de cabeza en el agua, dejando á flote las posaderas.
Candelilla, luciérnaga.—*Hacer ver candelillas*, ver chispas, estrellas.
Canela, la hendedurita que deja la púa de un trompo al arrancar una astilla á otro.
Canfín, petróleo.
Cañal, plantío de caña de azúcar.
Caracolillo, grano de café en forma de caracol.
Cargadores, grandes cohetes.
Cascarilla, película que cubre los cotiledones del café.

Casquillo, porta-plumas.
Cavilosear, chismear.
Cecos, ñiques ó huequecitos que dejan en un trompo las púas de los otros.
Cele (guineo), en leche.
Cerco, solar.
Cincos, *dieces*, monedas pequeñas.
Cinchazo, golpe dado de plano con el cuchillo.
Cirgüelo (ciruelo) *macho*, anacardiácea; es árbol medicinal y de fruta comestible.
Clis, eclipse.
Cobo, frazada ordinaria.
Cogida, el acto de coger café.
Cojollo, *cojollando*, de cogollo.
Coletilla, percalina.
Colis, de Collins, marca de una famosa fábrica americana de machetes.
Comodidoso, amigo de proporcionarse comodidades á costa ajena.
Concertada, *concierto*, de *concertarse*, entrar á servir.
Concho, Concepción.
Conitrillo, Oconitrillo.
Correos (meter), hacer subir papelitos circulares por la cuerda del cometa encumbrado.
Cotín, cotí.
Cotón, cotona.
Coyolito, almendra comestible del *coyol*, fruto de una carnosidad amarillenta y pegajosa que muchos apetecen; lo produce una palmera muy común, el *coyol;* del tallo de esta palma se saca una savia rica en azúcar, de la que se hace el vino de coyol.
Cuajiniquil, mimosácea combustible; sirve de sombra á los cafetos.
Cuarta, antigua moneda de oro, equivalente á la cuarta parte de una onza ($ 17).
Cuero de diablo (pantalón de), casimir muy resistente.
Cuete, *cuetón*, de cohete.
Cuijen (la), gallina pintada de gris ó blanco y negro.
Cuja, cama sencilla.
Culeca (estar), orgullosa, satisfecha.

Curtida, sucia.
Cususa, aguardiente de caña.
Chacalín, niño.
Chanita, nombre familiar de doña Salvadora Castro de Zeledón, abuela del Autor.
Chanchilla, de *chancho*, cerdo, marrano.
Chancletudo, se aplica despectivamente á los de la ciudad que usan calzado.
Chapulín, saltamontes.
Charralillo, de *charral*, jaral, matorral.
Chayote, cucurbitácea alimenticia.
Chepa, Josefa.
Chico, Francisco.
Chichigua, nodriza.
Chillarse, sonrojarse.
Chinchibí, de *gingerbeer*, cerveza de gengibre.
Chiniado, de *china* ó niñera.
Chinilla (pantalón), á cuadritos negros y blancos.
Chirca, caballo de mala muerte.
Chircagre, cigarro-puro de buen tabaco criollo.
Chiverre, calabaza alimenticia (chilacayote).
Chompipe, pavo.
Chonete, sombrero viejo.
Chorreada, *chorreones*, *chorreadera*, de chorrear.
Chotes, *siotis*, de *schottiche*.
Chuste (de María Seca), cera blanda y pegajosa que se extrae de las colmenas silvestres. María Seca es el nombre popular de la abeja que la elabora.
Dama, verbenácea, árbol de ornato.
Dende, desde.
Dublé, de *doublet*, piedra falsa.
Dulcero, de *dulce* ó azúcar mascabado (panela, chancaca).
Dunda, abundante.
Eleje, eje.
Encasquilladas (sortijas), con el aro de carey montado en uno de oro.
Enchilar, irritar, picar.
Engaños (echar), recoger un poco la cuerda del cometa ó papalote y soltarla de pronto.
Enguarapadas (cañas), fermentadas.

Engurruñar (los ojos), guiñar.
Enredijos, primeros gorjeos de un pájaro.
Ensebarse, ponerse sebo en la piel para aliviar el dolor de unos latigazos posibles.
Escudo, moneda equivalente á $ 2.10.
Esmorecerse de risa, desternillarse.
Espacharse (espáchese), apresurarse.
Espelma, esperma.
Es que, diz que.
Fantisioso, de fantasía.
Fregar, molestar.
Frenillos, los tres hilos que atan la cuerda al papalote ó cometa.
Galanos (estamos), estamos bien, irónicamente.
Gallo (pañuelos de rabo de), grandes y floreados.
Gamonal, hombre de pro, cacique.
Gangoche (delantal de), tela de cáñamo.
Gato, persona de ojos azules ó verdes.
Gu, ó.
Guacal, bignoniácea; produce un fruto de forma esférica del que se hacen vasijas.
Guaro, aguardiente de caña de azúcar.
Güey, de buey como *bueyada* y *bueyero*.
Guarco (hoja del), planta medicinal.
Guaria, una linda orquídea.
Guayabillo, una celastrácea, arbusto.
Güecho (no colgar el), no ser tonto.
Güevas (de linón), frunces.
Güesillas, rosquillas de afrecho con dulce.
Guineo (maduro y morado), *guinea*, variedades del plátano.
Güísaro, una mirtácea; su fruto es comestible.
Güiscoyol, una palma de madera negra y durísima.
Güitite, solanácea medicinal.
Higuito, una morácea, árbol.
Hombre grande, aguardiente con astillas de un árbol medicinal.
Iar por ear; en voces como *apiar*, *peliar*, etc.
Ideai, *idiai*, por y de ahí.
Isná, de Schnapps (ginebra estranjera).
Ispiar, espiar.

Itabo, una liliácea; su flor (los *pichones)* es comestible.

Iztepeque (puros de), tabaco salvadoreño.

Jaboncillos, frutos de cuesco negro y durísimo que emplean los niños en uno de sus juegos.

Jamaica, una mirtácea que se usa como especia.

Jícara, cara.

Jiniocuavo, jiñocuave, buserácea; este árbol produce una goma medicinal.

Jucó, corteza en tiras que se usa para atar varias cosas.

Juma, borrachera.

Jupa, cabeza.

Lachures, de Le Lacheur y Cía, comisionistas que venden café de Costa Rica en Londres.

Laja, piedra ancha y plana.

Lambuzo, perro de hocico largo.

Lencho, Lorenzo.

Lescoviche, de Levkowicz, un comerciante.

Librillo, lebrillo.

Limajoya, lima-hoya.

Línea, la zona atlántica.

Linó, linón.

Mancha brava, un juego de trompos.

Mamón, rama.

Mandador, el que manda en una hacienda.

Mano, hermano.—*Como con la mano* (hacer una cosa), fácilmente.

Mantres, mientras.

Matasano, rutácea de fruta comestible.

Mecedora, silla-poltrona.

Mechitas, Merceditas.

Medio-escudo, moneda cuyo valor es de $ 1-05.

Meléndrez, Meléndez.

Menegilda, Hermenegilda.

Milpa, maizal.

M'ija, mi hija.

Mistao, aguardiente mezclado con otras bebidas.

M'izo, me hizo.

Molejonero, de mollejón.

Molendero, moledero, tabla ó mesa en que se muele el maíz.

Molida, molienda del maíz.

Mona, un trompo largo.
Moreras, vendedoras de moras.
Motete, lío de ropa.
Mozotillo, un pajarito de agradable canto (astragalinus mexicana).
Mujercilla, prostituta.
Nances, malpigiácea de fruto comestible.
Negro, apelativo cariñoso.
Niña, así se designa á la soltera y á la solterona.
Ñu es, no es.
Ña, *ñor*, señora, señor.
Ñata, de nariz chata.
Ñiques (ser trompo de), ser el blanco de todos los tiros.
Obispo, una clase de trompo.
Olote, el eje leñoso y ya sin granos, de la mazorca.—*Ser el olote de alguien*, ser el estropajo.
Onza, moneda de oro equivalente á $ 17-00.
Orillera, de los arrabales.
P', *pa*, *pal*, de para, para el.
Pacayas, inflorescencias comestibles de la pacaya (palma).
Pacholí, patchouli.
Pailetas (bueyes) corniabiertos.
Paja de agua, acequia.
Palmito, el cogollo tierno y comestible de una palmera.
Palo (á medio), á medias.
Panecillo (nariz de), algo chata y respingada.
Panocha, rosquilla de pan dulce.
Parchito, de parche.
Pasarraya (de), trompo para jugar á la rayuela (sacar con el trompo cincos ó dieces del centro de un círculo amplio trazado en el suelo).
Pascón, colador, tamiz.
Pasearse (en una cosa), echarla á perder.
Pastora, euforbiácea de flores estrelladas y rojas.
Pava, pícara.
Pedrada (sombrero á la), echado á un lado.
Pedro (lágrimas de San), de David ó de Job, que dice el Diccionario de la Academia.
Pejivalle, fruto de una palmera; es rojo ó ama-

rillo y se come cocida la pulpa harinosa y dulce que lo compone.

Pergamino, segunda película que cubre el grano del café.

Picadillo, un principio que se hace de diversas verduras (chayote, vainica, p. e.).

Picudo (rey de), un pajarito (el macho) de lujoso plumaje.

Piecitas, un dulce de leche.

Piedra (trabajo de la), de la moliendda del maíz.

Pila, fuente.

Piñuela, bromeliácea de fruto comestible.

Pitahaya, cactácea; el fruto es de sabrosa carne carmesí.

Planazo, golpe dado de plano con el cuchillo.

Polvorón, una pasta ordinaria de harina, dulce, grasa y agua.

Poró (bucare), una eritrina, muy usada para los cercados.

Portal, nacimiento.

Pos, pues.

Postrera, la última leche.

Príncipos, príncipes.

Privada, muy dormida.

PROPIA (la), la esposa legítima.

Propio (al), de intento.

Pudreoreja, una enredadera de flores azules ó rosadas en forma de campánula.

Punta (á), á fuerza.

Puntear, tomarle el gusto á un licor.

Pursiana (enagüillas de), zaraza azul con flores blancas ó amarillas.

Puro, cigarro-puro.

Puyón de tope, en el trompo, la púa atornillada y cónica.

Quebrada, arroyo.

Qu'es, que es.

Quijo, quiso.

Rajadas (personas), abiertas, generosas.

Rajado (de los talones), las resquebraduras de la piel callosa de los talones.

Rascao, ebrio.

Rayos (de lata), instrumentos, cilíndricos de preferencia, para pulverizar el queso, el pan tostado, etc., etc.

Realera, cuchillo angosto y largo.

Recámara, salva.

Rechinado (sebo), requemado.

Reina de la noche, una solanácea de flores blancas.

Remintones, rifles marca Remington.

Romero (pañuelo flor de), grande y de color.

Rompope, una mezcla de leche, yemas de huevo, azúcar y aguardiente.

Sacar (la tarea), efectuar una molienda de caña de azúcar.

Sacas (de leña), provisiones de leña.

Salarse (una casa p. e.), sobrevenirle calamidades.

Sangradera, sangradura.

Sapayo, cucurbitácea alimenticia.

Sartas, sartas de bombas.

Seba (estar á media), ebrio.

Sentío, el sentido, la cabeza.

Sepa Judas!, sólo el Diablo sabrá.

Setillero, pájaro cantor *(Sporophila morelleti)*.

Signarse, persignarse.

Sobao, una forma de chancaca ó dulce.

Sobo, de sobar.

Soca, *socao*, *soco*, de socarse, embriagarse.

Solfate, sulfato.

Súrtubà, médula blanca, amarga y comestible de un helecho gigante.

Tacaco, cucurbitácea comestible.

Tagarote, hombre de pro.

Talpetao (zapatos de) de un cuero crudo, fresco, amarillo-pajizo y muy suave.

Tamuga, cuatro *tapas* de *dulce* atadas.

Tapa, pilón de *dulce* en figura de cono truncado.

Tapojo, de tapar.

Tataretas (trompo), que da muchos saltos.

Tatono, Antonio.

Telilla, el tejido grasoso que envuelve el mondongo.

Tico, costarricense.

Tigrillo (paño), á cuadros negros y blancos.
Tijereta, catre plegadizo.
Tiliche, baratija.
Tora, totora.
Torta, aventura de mala ley.
Tortilla, pasta redonda de maíz cocido, agua y queso á veces.
Tosteles, dulces y pastelillos.
Trer, *trete*, de traer.
Trucha, tienda portátil para venta de encajes, pañuelos, etc.
Turnos, rifas, á beneficio de las Iglesias por lo común.
Tusa, la envoltura seca de la mazorca del maíz; sirve para envolver el achiote en pasta.
Unicuija, por única hija.
Unque, aunque.
Uruca, mirsinácea; arbolito de ornato.
Va ber, por *va á haber*.
Vainicas, las vainas tiernas y comestibles de los frijoles.
Vaso, bacinica.
Velorio, velación.
Verolís (jaula de), una especie de caña ó junco duro y liso.
Vido, vió.
Viajazo, regaño.
Viuda, un alegre pajarito de plumaje azul.
Volador, eje que se mueve circularmente.
Vuelto, por la vuelta.
Yigüirro, el zorzal.
Zafo, salvo.
Zapatazo (dar el), hundirse en la poza, echándose de medio lado y al volverse de espaldas, latiguear el agua con el pie.
Zapotillos, un dulce de leche.
Zopilote, gallinazo.

Editor: — J. García Monje

Apartado 533 ◆ ◆ ◆ San José, C. R.